

ediciones bistaña

una chica angelical



MARGARET SULLAVAN

HERBERT MARSHALL

FRANK MORGAN

1 pta.

SOLAR DE
COMICAS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841-Barcelona

UNA CHICA ANGELICAL

Adaptación cinematográfica de la obra de
FERENC MOLNAR, «El Hada Buena»

Dirección de
WILLIAM WYLER

Es un film
UNIVERSAL

Distribuido por
Hispano American Film, S. A.
Mallorca, 220 - BARCELONA

LIBRERIA PRÍNCIPE
Compra-Venta y Alquiler
de Libros y Revistas
SE PASA A DOMICILIO
Príncipe de Viana, 1
BARCELONA - 1

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

31 Enero 1936

PRINCIPALES INTERPRETES:

Margaret Sullavan
Herbert Marshall
Frank Morgan
Reginald Owen

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Una chica angelical

Argumento de la película

CAPITULO I

El muy digno y muy honorable señor Elías Schlapckohl, dueño y empresario del nuevo cine, que bautizado con el poético nombre de "El Palacio de Ensueño" acababa de ser inaugurado en una de las calles más populosas de la bella capital de Hungría, se detuvo frente a la puerta del Asilo Municipal de Huérfanas de Budapest, y después de unos instantes de vacilación tocó discretamente el timbre, tan discretamente, que seguramente el timbrazo no llegó a oídos de la persona encargada de abrir la puerta, ya que nadie acudió a su llamada. Volvió a llamar y esta vez fué más afortunado. Abrióse la puerta y apareció el rostro eternamente sorprendido y eternamente gracioso de

Angelina, una de las asiladas del Orfelinato, encargada aquel día de hacer los oficios de portera. El señor Schlapckohl sonrió, sonrió también la jovencita y haciéndole una ceremoniosa reverencia le invitó a entrar en la casa; cerró luego la puerta y dirigiéndose al recién llegado inquirió, cortésmente:

—El señor dirá...

—Deseo ver al director del establecimiento.

—La directora del establecimiento querrá usted decir—rectificó Angelina—. La señora Schultz.

—¿Directora? ¡A h! ¡Bueno, bueno! Lo mismo da. Dígale que deseo tener una entrevista con ella para hablarle de un asunto que le interesa.

—Si tuviera usted la bondad de darme su nombre—insinuó la asilada tímidamente.

El empresario del “Palacio de Ensueño” volvió a sonreír, miró con un poco de sorna el rostro ingenuo y bobalicón de la jovencita y dejó caer su nombre como una bomba.

—Me llamo Elías Schlapckohl.

El eterno asombro de Angelina, que ante la presencia de aquel buen señor desconocido había descrito una curva ascendente, llegó a su punto culminante al oír aquel nombre tan enrevesado. Sus ojos expresaron todo lo que sus palabras no se atrevían a decir, y se quedó mirando al recién llegado que tenía la audacia de usar nueve consonantes en un solo apellido.

—Sckilipol, Shakaphohol... —balbuceó sin acertar a pronunciarlo debidamente, y viendo que sus esfuerzos eran completamente estériles inquirió con expresión suplicante:

—Si el señor tuviera la bondad de repetir su apellido... Verdaderamente, es un poquitín difícil.

—Sí, hija mía, estoy acostumbrado. Schlapckohl, Elías Schlapckohl.

Angelina suspiró, repitió en voz baja el nombre pronunciado, volvió a saludar cortésmente y después de haberle rogado que esperase un

momento se dirigió al despacho de la señora Schultz, para anunciarle el extraño visitante.

La directora del asilo se hallaba en aquel momento sentada frente a su pupitre repasando unas cuentas. Levantó su rostro al oír la voz de Angelina que la llamaba, e inquirió con su dulzura habitual, que contrastaba notablemente con la dureza de sus facciones y lo estirado de su figura:

—¿Qué hay, Angelina?

Y la joven, que en su corto trayecto de la entrada al despacho de la directora ya había tenido tiempo de olvidar cien veces el terrible apellido, optó por decirle:

—Hay un señor que desea hablarle. Dice que viene a proponerle un asunto interesante.

—Hazlo entrar.

Salió la joven, para regresar al cabo de un instante acompañada del propietario del apellido impronunciable.

—¿Es con la señora Schultz con quien tengo el honor de hablar? —inquirió el recién llegado.

—Sí, señor...

—Permitame que me presente yo mismo. Elías Schlapckohl.

—¿Eh?

—Elías Schlapckohl—repitió el buen hombre impasible. Era el único ser de la tierra capaz de pro-

nunciar dos veces su apellido sin equivocarse.

—¡Oh! —se limitó a exclamar la directora para dar una idea de la sorpresa de que estaba poseída.

—Trataré de ser breve explicándole en pocas palabras el motivo que me ha traído a esta casa. Soy el propietario del “Palacio de Ensueño” inaugurado recientemente. Un local capaz para tres mil espectadores, el cine mejor y más grande de Budapest, sin duda alguna. Pues bien, esta mañana, mientras me desayunaba, se me ocurrió una idea. A mí las ideas suelen ocurrírseme siempre cuando estoy comiendo. No he podido descubrir jamás la extraña relación que pueda haber entre mi cerebro y mi estómago, pero es así y no he de ocultarlo. Empecé a pensar en voz alta y me dije: Schlapckohl, ¿dónde podrías encontrar para tu cine unas cuantas acomodadoras jóvenes, bonitas, y al mismo tiempo seriecitas, que no desacreditaran mi cine guiñándoles el ojo a los espectadores? Mi mujer, que estaba a mi lado y oyó mi observación, contestó en seguida:

—Elías, ¿por qué no buscas esas acomodadoras entre las chicas del Orfelinato Municipal?

—Comprendo. Es por eso que he tenido el gusto de conocerle, señor Schilipokl.

—Schlapckohl —rectificó el visitante amablemente.

—Es un empleo honorable y no mal retribuido. El sueldo no es muy crecido, pero hay las propinas... Se reduce a que sepan acomodar al público con un poco de gracia, sin extremar la nota de coquetería como hacen casi todas las profesionales y llevar unos bonitos uniformes de húsar con una capita y unos pantalones.

—¿Pantalones? —inquirió la señora Schultz un si es no es asustada.

—Sí. Unos pantalones a rayas, muy bonitos.

—¿No serán muy ajustados?

—Eso depende de la chica que haya de llevarlos. Todos son de la misma medida — explicó el señor Schlapckohl.

Mientras en el despacho de la directora de la institución benéfica se estaba ventilando un asunto de tan grave responsabilidad e importancia para el porvenir de algunas de las asiladas del Orfelinato, éstas, despreocupadas y alegres, se ocupaban por grupos diferentes a los distintos quehaceres que habían aprendido en aquella santa casa. Las pequeñitas, jugando alborotadamente en el patio, bajo la mirada vigilante y benévolas de una de las profesoras, las mayorcitas en sus

labores domésticas, propias de su sexo. En el cuarto de costura, unas cuantas cabecitas rubias y morenas, inclinadas sobre la máquina, cosían afanosamente, mientras que en la habitación contigua otras tantas asiladas planchaban la ropa con esmero. En la cocina, un grupo numeroso estaba haciendo la limpieza semanal, lavando platos, limpiando el horno, sacando lustre a los dorados...

Una de ellas, la gentil Luisita—diez y siete años, cabello castaño, ojos azules e inmensos, rostro ingenuo, dientes blancos, labios rojos como cerezas—, sentada en un peldaño de la escalera de mano que había llevado allí para limpiar los techos y la lámpara de la cocina, se ocupaba en su tarea favorita, que era la de distraer a las demás compañeras en su labor cotidiana, contándoles sus cuentos de hadas favoritos. No tardaron las lindas compañeras en agruparse a su alrededor abandonando el trabajo, mirando embobadas a la soñadora Luisa que había llegado al punto culminante de su interesante relato:

—La princesa se había dormido y soñaba dulcemente, dulcemente. De pronto la bruja apareció en la oscuridad y fué acercándose, acercándose, sin que la princesita absorta en sus sueños pudiera oírla...

Y entonces... ¿Sabéis lo que ocurrió entonces?

—¿Qué? — inquirieron doce voces ansiosas a un mismo tiempo.

—Ocurrió que el príncipe, que había llegado al pie del castillo, empezó a escalar la pared...

—¿Qué castillo?

—El castillo a donde la bruja había llevado prisionera a la infeliz princesa. Trepó, trepó, trepó...

Y al mismo tiempo que decía esto, la gentil narradora empezó a subir la escalera. Al llegar a lo alto de ésta, se detuvo para continuar su relato. Era como si acabase de escalar la pared del castillo.

—... Y cuando llegó a la ventana del aposento de la princesa, la bruja, que al verlo trepar se había escondido detrás de un cortinaje, saltó sobre él, y le convirtió en un... en un pingüino. ¡Eso es! Un pingüino.

—¿Qué es un pingüino? — inquirió una de las compañeras, que tenía muchas menos razones que el admirante Bird para conocer la existencia de semejantes animalitos.

Luisa se quedó perpleja. A decir verdad, tampoco ella sabía a ciencia cierta lo que podía ser un pingüino. Tiró de una de sus trenzas y encogiéndose de hombros acabó por decir, muy convencida:

—Pues, un pingüino es una especie de pájaro...

Y decidió seguir su relato.

—Entonces el hada buena, que estaba al otro extremo del mundo, montó sobre su escoba y dijo las palabras mágicas: Woompa, wampa, wimpa, woompa, menie, monie, minie. Escobita, escobita, escobita buena llévame a donde yo quiero.”

Al llegar a este punto del relato, Luisa, que por cierto era escuchada con un interés casi religioso por sus compañeras, empezó a saltar y a subir y bajar la escalera. Tan violentos llegaron a ser sus movimientos, que la cuerda que sujetaba las dos mitades de la escalera empezó a segarse, pero ni ella ni su atento auditorio se dieron cuenta de este pequeño detalle.

El señor Schlapckohl y la directora del orfelinato habían llegado a un acuerdo. Se dirigían ahora a la cocina en donde estaban trabajando todas las asiladas mayorcitas, a fin de que el buen señor escogiese entre ellas la que más le satisfaciese para hacer la prueba antes de comprometerse en firme, cuando oyeron un estrépito infernal, de platos que caen y se rompen, y una gritería no menos infernal, salida de la garganta de las asustadas huerfanitas.

Corrieron ambos a la cocina, y

al abrir la puerta vieron el terrorífico espectáculo ofrecido por Luisa, en lo alto de la escalera que se iba al suelo sin remedio, una colección de platos rotos, desgracia ocasionada por Luisa en una de sus oscilaciones al dar contra un estante repleto de platos y fuentes, y a las aterradas compañeras contemplando el espectáculo sin acertar a ir en su auxilio.

—¡Luisa! — dijo entonces la directora con voz terrible—. ¡Baja de aquí en seguida!

Y la obediente muchacha obedeció. Sólo que, en lugar de hacerlo pacíficamente, lo hizo con gran violencia, por obra y desgracia de la posición un poquitín difícil en que se hallaba. Luisa descendió de allí, pero fué para caer al suelo desde una altura respetable. Se levantó con presteza, al ver avanzar a la directora, frotándose con una de sus manos la parte más castigada de su lindo cuerpo. En el rostro de la señora Shultz, rostro de una fealdad que lejos de ser repulsiva casi resultaba agradable gracias a la expresión de espiritualidad que animaba sus ásperas facciones, se leía una ansiedad vivísima. No fué para reprenderla por su terrible travesura que se acercó a la gentil y traviesa Luisita, sino para preguntarle ansiosamente:

—¿Te has hecho daño, querida mía?

La muchacha la miró, sonriendo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas por el dolor que el golpe le había producido, pero la pena y la ansiedad que se pintaban en el rostro de su adorada directora eran suficientes para imponerle el deber de ocultarlo.

—¡Oh! No señora, no...

La señora Schultz se tranquilizó. Miró entre severa y compasiva a su pupila y preguntó:

—¿Qué es lo que estabas haciendo allí arriba, Luisa?

—Les estaba contando un cuento de hadas.

—¡Debí imaginármelo! ¿Es que no sabes hacer otra cosa en el mundo que contar cuentos de hadas? En todo caso, habrías podido contárselo desde un sitio más seguro que lo alto de una escalera.

Y como, sin proponérselo, había adoptado al decir estas palabras un continente algo severo, viendo el desplorable efecto que esto estaba ejerciendo sobre el ánimo de Luisa, que estaba a punto de echarse a llorar, suavizó su expresión y le dijo, con entonación amable:

—Bueno, bueno. Lo importante es que no te hayas hecho daño, querida mía. Arreglad todo esto y cuidado con volver a hacer otro estro-

picio. Desde ahora, ya lo sabes. Los cuentos de hadas, desde aquí abajo y sentada en el suelo, a ser posible.

Obedeció Luisa, no sin haber mirado curiosamente con el rabillo del ojo al extraño visitante, que había estado contemplando la escena impasible, y entonces, la directora, volviéndose a él, inquirió:

—Dígame. ¿Cuántas acomodadoras necesitará usted? ¿Una docena?

—Tal vez más — repuso el empresario —, pero, como ya le dije hace un momento, quiero empezar con una solamente, para probar. Si resulta lo que yo quiero, volveré por las otras...

—Entonces escogeremos la más mayorcita. Le advierto a usted que todas, absolutamente todas las muchachas que se han educado en este orfelinato, son hacendosas y modestas como pocas.

—Lo creo, puesto que usted lo asegura — repuso Schlapckohl, cortésmente —. ¿Qué le parece si nos quedáramos con la pequeña acróbata que acaba de hacer sus exhibiciones ante nosotros?

Aludía a Luisa. La señora Schultz lo comprendió en seguida y no tuvo nada que objetar. Luisa era de las mayores, y estaba a punto de llegar a la edad en la que la Junta Directiva del Orfelinato empezaba

a preocuparse para buscar trabajo fuera del orfelinato a las asiladas.

La directora asintió con un gesto, se acercó a Luisa que ya se había recobrado del susto y el golpe recibido, y con su tono cariñoso de siempre le preguntó:

—¿Te gustaría ser una acomodadora, Luisa?

La joven miró a su querida directora, sorprendidísima. No acababa de comprender lo que significaba aquella pregunta, pero el hecho de que se la hubiese hecho la señora Schultz, era ya una garantía.

—Sí, señora — afirmó muy convencida.

—Sabes lo que es una acomodadora?

—No, señora — volvió a afirmar Luisa, no menos convencida.

La señora Schultz se volvió al empresario con aire triunfante.

—¿Ve usted como es verdad lo que le dije? Son todas tan inocentes, han vivido siempre tan fuera del mundo, que no saben nada de nada.

—¡Maravilloso! — aprobó el señor Schlapckohl, entusiasmado.

—Si te dejo salir de este asilo proporcionándote un empleo decente y productivo que tal vez pueda ser la base para tu porvenir, ¿me prometes seguir siendo tan buena como hasta ahora?

—Sí, señora. Prometo hacer la buena acción reglamentaria todos los días, para ganar el cielo con mi bondad y fe — replicó la jovencita como una cantilena.

—¡Muy bien! — siguió aceptando el empresario, entusiasmado —. Sobre todo, recomiéndele usted que no flirtee con los espectadores.

—Déjelo usted de mi cuenta, señor Schlapckohl. Le enseñaré primero el significado de esta palabra, y luego le daré los consejos pertinentes a este objeto.

—Trato hecho.

—Mañana por la mañana saldrá Luisa del asilo para dar sus primeros pasos en el mundo. Ahora, si es usted tan amable de pasar a mi despacho, arreglaremos legalmente este asunto.

* * *

Y así fué cómo se decidió el porvenir de Luisa Gingebusher, la gentil huerfanita de las trenzas doradas, de los ojos azules y de los cuentos de hadas.

La señora Schultz conocía muy bien el corazón de sus gentiles pupilas, que eran como unas hijas para ella: no habrían podido encontrar jamás las asiladas del orfelinato municipal una directora más tierna, más afectuosa, más buena y

más material para ellas que la directora actual del asilo. No había mentido al decirle al señor Schlapckohol que la encantadora jovencita reunía todas las cualidades imaginables, y un solo defecto. Pero como estas cualidades eran muchas y muy relevantes, y el defecto se reducía a su desmesurada afición por los cuentos de hadas, que aquella mañana había redundado en perjuicio de la vajilla del orfelinato, pero aparte de esto, era totalmente inofensivo, el ilustre empresario del "Palacio de Ensueño" podía muy bien asegurar que se llevaba una alhaja. Sólo faltaba ahora el sermón final y las saludables advertencias salidas de boca de la directora, que serían para Luisa como la voz del Evangelio, para que la gentil huérfana diera sus primeros pasos en el mundo con la seguridad de que no había de desviarse del camino recto.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Luisa Gingebusher, vestida con su humilde traje de asilada, con un sombrerito de niña que infantilizaba su rostro de jovencita, escuchaba con recogimiento el sermoncito que le estaba echando la directora.

—... Y sobre todo, por encima de todo, no olvides que en todos tus actos has de dejar traslucir la salu-

dable influencia de este asilo. Hónralo como merece y acuéstate de que estás en deuda con la sociedad que durante diez años, desde que tú tenías seis añitos y quedaste huérfana y desamparada en este vasto mundo, te ha protegido y te ha alimentado proporcionándote un cobijo y un hogar, educándote y poniéndote en condiciones de ganarte la vida, y que siempre está dispuesta a seguir protegiéndote tomándote de nuevo bajo el amparo de estas cuatro paredes si el empleo que hoy te proporciona no responde a nuestras esperanzas. Piensa en que los ciudadanos de la nación entera, las gentes desconocidas que encuentres en la calle, todos, absolutamente todos, han pagado en grande o pequeño impuesto para que tú pudieras seguir viviendo en esta santa casa, en lugar de ser una niña perdida en medio de la calle.

—Sí, señora — repuso Luisa, a quien las palabras de la directora la estaba haciendo llorar a lágrima viva—. Sí, señora.

—Ellos son los que te han dado un hogar, por humilde que sea, alimentos y ropa con que vestirte.

—Y una madre para cuidar de nosotras—balbuceó Luisa echándose en brazos de la Directora que la estrechó en ellos emocionada.

—Luisa, niña mía—dijo la bue-

na señora a punto de echarse también a llorar—. Bueno es que se pasas ser agradecida. Ahora trata de pagar tu deuda con la sociedad, haciendo todo el bien posible. Vete, empieza tu camino y no olvides mis preceptos. Si alguien te pide que hagas alguna cosa por muy difícil que sea, por muchos sacrificios que te cueste, siempre que sea buena y esté dentro del límite de tus posibilidades, hazla con la sonrisa en los labios y con el corazón alegre. Esto es todo. Es decir, no, todavía. Falta el último consejo. Sé cuán inocente eres y por eso precisamente es por lo que debo hablarte con toda franqueza, tal vez un poco brutalmente. Luisa, desde tus primeros pasos en el mundo empieza a desconfiar de los hombres. No creas en sus palabras engañosas, ni tengas fe en sus promesas. Eso no quiere decir que huyas sistemáticamente de ellos como de la peste—aunque tal vez no estaría de más que así lo hicieras—, sino que desconfíes de ellos. Toda precaución es poca para tratar con el sexo *enemigo*. Ahora sí que ya no tengo más que decirte, querida Luisa. Seriedad, comedimiento y cumplir con tu deber. Si te sujetas a este plan, no tendré que arrepentirme de haberte dejado marchar tan pronto...

Había llegado el momento difícil de la despedida. Aunque ambas sabían que no era un adiós definitivo, puesto que Luisa podría visitar el orfelinato siempre que se le antojase, no por eso era menos doloroso. Para la buena señora Schultz, la partida de cada una de sus pupilas era un nuevo motivo de pena. Toda la capacidad de ternura que había en su corazón, que era mucha, se desbordaba a raudales de cariño hacia sus "hijitas", como las llamaba ella, más con el corazón que con la boca. En el ambiente austero y triste de los orfelinatos, se da demasiado a menudo el tipo de directora equivocadamente poseída de la responsabilidad de su cargo que extrema su severidad con los tiernos seres confiados a su custodia, creyendo cumplir con eso un deber beneficioso para ellas, en lugar de tratarlas con el cariño entrañable con el que deberían ser tratadas en todo momento, lo único que podría compensarlas, en parte, de la inmensa desgracia de su orfandad.

En la señora Schultz no concurrían, afortunadamente, ninguna de estas circunstancias. Era una verdadera madre para con sus queridas huérfanitas y, sin excluir la severidad necesaria cuando se hacía indispensable, sabía llegar hasta el

corazón de ellas y obligarlas por el camino de la benevolencia, a ser buenas, obedientes, aplicadas y, todo, a resignarse con su suerte adversa y encontrar algo de felicidad en las cuatro paredes de aquel inmenso edificio, un poco demasiado grande y un poco demasiado frío para los tiernos seres que albergaba en su seno.

—¡Adiós, querida mía, que Dios te bendiga!—dijo la señora Schultz con la voz velada, abrazando a Luisa.

—¡Adiós, señora!—repuso Luisa llorando sobre el pecho de aquella buena mujer que había sido como una madre para ella durante diez años.

—¡Adiós! — volvió a repetir la señora Schultz tratando inútilmente de ocultar sus lágrimas.

—¡Adiós!—balbuceó Luisa arriando en su llanto.

Pero ni la joven se movió, ni la señora Schultz hizo ademán alguno para obligarla a marchar. Todavía

permanecieron en la misma actitud durante largo rato aquellos dos seres que tanto se querían, unidos en un dolor común, corazón contra corazón, conmovidos hasta el fondo de su alma. Al fin, la señora Schultz creyó conveniente abbreviar el dolor de la despedida que empezaba a hacerse insopportable. Deshizo el abrazo, y cogiendo el rostro bellísimo y candoroso de la joven entre sus manos, le dijo mirándola a los ojos y estampando un tierno beso en su frente:

—¡Adiós, Luisa! Sé fuerte, ha llegado el momento de mostrarte valerosa y templada.

Un nuevo y último abrazo y Luisa, sin fuerzas para otra cosa que para abandonarse a su dolor inmenso, salió de aquella casa en la que un día, hacía de eso muchos, ¡muchos años! entrara también llorando con lágrimas infantiles la muerte de su madre, para encontrar en ella un lenitivo a su pena y un hogar humilde, pero amoroso y confortable.

CAPITULO II

Y empezó el aprendizaje de Luisa. Vestida con su lindo y pintoresco traje de húsar de opereta, ceñidas sus jóvenes y bien torneadas piernas con el famo-

so pantalón a rayas que le sentaba maravillosamente, Luisa estaba desconocida y, desde luego, muchísimo más seductora que con sus humildes trajecitos de asilada.

En cuanto al bueno de Schlapckohl, cuyo difícil apellido seguía siendo impronunciable, sin duda para identificar a las gentiles acomodadoras con el espíritu de disciplina que debía ser su norma de conducta y también con el militaresco uniforme que llevaban, se entretenía en hacerles hacer una serie de evoluciones y ejercicios como si en lugar de acomodadoras fuesen discípulas de una academia militar.

—¡Uno, dos, uno dos! ¡Media vuelta a la derecha! ¡Media vuelta a la izquierda! ¡De frente! ¡Marchen!

El primer día Luisa cometió torpeza tras torpeza. Daba vuelta a la izquierda cuando debía darla a la derecha, y a la derecha cuando debía hacerlo en sentido contrario... Rompía filas cuando debía quedarse quieta en el mismo sitio y por nada del mundo conseguía ponerse al compás al mismo paso que las otras. El señor Schlapckohl se tiraba de los pelos, pero se consolaba pensando en que, por lo menos, ésta no flirtearía con los clientes.

Y llegó el momento solemne de empezar su cometido. Aquella noche, no obstante, el trabajo de las acomodadoras no se presentaba muy duro. De los tres mil asientos, ni uno más ni uno menos, con que contaba el cine, por lo menos dos

mil novecientos cincuenta quedaron vacíos, a juzgar por la escasez de espectadores que acudían a la sección cinematográfica.

Las acomodadoras, diseminadas en distintos lugares del vestíbulo, tocadas sus cabezas con un gracioso gorrito de húsar y llevando en la mano una linterna eléctrica para alumbrar a los espectadores, esperaban la entrada de cada uno de los asistentes a la función para cumplir su cometido.

Un hombre de unos cuarenta años, alto, nariz larga y picuda y cara de pocos amigos, entró resueltamente, cruzó el vestíbulo y se disponía a entrar en el salón de espectáculos sin la ayuda de nadie, cuando vió junto a sí el rostro sonriente de Luisa que le señalaba el camino con su linterna.

—¿Qué quiere usted decir con eso? — rezongó mirándola escamado.

—Estaba señalándole el camino —balbuceó Luisa.

—¿Y por qué he de seguir el camino que usted me señale, vamos a ver?

—Porque me han dado órdenes de que así lo haga.

—¿Y por qué ha de transmitírmelas usted a mí?

—Señor, yo...

—Pues sepa usted que me mo-

lesta grandemente que me den órdenes cuando estoy fuera de servicio. Me paso todo el día recibiendo órdenes en el hotel donde sirvo y cuando salgo de allí me gusta estar enteramente en libertad y hacer lo que me da la real gana. En consecuencia entraré al salón por el sitio que más me plazca, no por el que usted me señale.

Y sin decir más, sin saludar siquiera, se fué, en efecto, por el camino que él se había asignado a sí mismo, que resultó ser, casualmente, el mismo que Luisa le había señalado.

Empezó la película y presenciando su exhibición, los escasos espectadores que acudieron aquella noche al cine de Schlapckohl comprendieron por qué el cine estaba tan vacío aquella noche. El film proyectado era malo en toda la extensión de la palabra.

Luisa, después de su primer tropiezo con el malhumorado desconocido, que por lo visto debía ser un camarero de restaurante o algo parecido, no había encontrado demasiada dificultad en seguir desempeñando sus funciones de acomodadora, bajaba y subía diligentemente por el pasillo acomodando a los escasos espectadores que entraban en la sala, mientras sus compañeras hacían otro tanto en los demás pa-

sillos y pisos del inmenso local. Y como para la gentil ex asilada del orfelinato, aquel espectáculo de la pantalla era completamente nuevo, ni que decir tiene que sus ojos ansiosos se fijaban mucho más en lo que ocurría en la pantalla, que en el sitio donde acomodaba a los espectadores. Ocurrió una de estas veces que los espectadores a quienes acompañaba se sentaron en una de las últimas filas sin esperar a que ella les acomodase y como Luisa, puestos sus ojos en el lienzo cinematográfico, siguiera avanzando por el pasillo, sin darse cuenta de que la habían abandonado, al volverse para preguntarles a dónde deseaban acomodarse y ver que nadie la seguía optó por quedarse en el centro del pasillo volviendo ansiosamente el rostro hacia la pantalla.

La película había llegado a la escena culminante, a la gran escena obligada en toda película dramática que se estime. Mitzi, la desventurada protagonista, culpable de un tropiezo de graves consecuencias, estaba intentando disculparse ante el marido, alegando una serie de circunstancias *atenuantes*, que habían concurrido en la caída y que, según ella, eran las únicas causas del desliz cometido.

—¡Oh, Meredith! — decía con voz patética, velada por el llanto—.

—Te juro que este hombre no representa nada para mí, nada, nada, nada! Fué un momento de locura, un instante de ceguera. El aire estaba impregnado de aromas sutiles, hacia una noche magnífica, noche de luna. ¡Sí! ¡Sí! ¡La luna tuvo la culpa de todo!

El tan socorrido sistema de echar a la pobre luna la culpa de todas esas cosas, no surtió esta vez el apetecido efecto. Meredith, encarnado por uno de los astros más famosos de la pantalla europea, en lugar de aceptar la lógica explicación de su adorada, montó en cólera, una cólera completamente cinematográfica y sin descomponerse demasiado, como convenía a uno de los galanes más admirados por las bellas damas, sentenció con desprecio:

—¡Vete!

Pero Mitzi no se dió por vencida. Ahora sentía no haberle echado la culpa de todo lo ocurrido aquella noche al planeta Marte, en lugar de la luna. Pero ya era demasiado tarde para rectificar. Sentadas ya las bases que habían contribuido a su desliz, lo que necesitaba ahora era convencer al marido de que, “a pesar de todo”, seguía queriéndole con el mismo apasionamiento de antes.

—¡Meredith! ¿No te dicen nada mis lágrimas? ¿No te dice nada

mi dolor inmenso? ¿No te dice nada el recuerdo de nuestros amores?

Nada. Todas aquellas cosas no encontraban eco en el endurecido corazón del marido. Sonrió con infinito desprecio y señalándole la puerta ordenó implacable:

—¡Vete!

—¿Te has olvidado de nuestras promesas, de nuestras caricias, de nuestros...?

Meredith estaba sufriendo sin duda un ataque de amnesia agudísimo. No se acordaba de nada, de nada como no fuera la mala pasada que le había jugado su mujer en una noche de luna. Volvió a hablar para soltar la palabra terrible:

—¡Vete!

Tampoco esta vez Mitzi se dió por vencida. En lugar de obedecer las conminaciones del marido ofendido, decidió recurrir al supremo recurso de las lágrimas. La estrella encargada del difícil papel era una *llorona* de primera clase, especializada en escenas de llanto. Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas cuidadosamente maquilladas, mientras que de sus labios salía una oleada de palabras suplicantes.

—¡Oh, Meredith, amor mío! ¡No puede ser, no puede ser! ¡Tus labios están diciendo que me marche, pero

tu corazón está deseando que me quede!

Pero, por lo visto, aquella contradicción entre lo que decían sus labios y lo que deseaba el corazón del marido, no era más que aparente, porque Meredith, en lugar de ceder, siguió repitiendo obstinadamente, con voz cada vez más firme e inflexible:

—¡Vete!

Mitzi siguió suplicando por espacio de diez minutos largos. La escena aquella no llevaba camino de terminar. Volvía la infeliz pecadora a invocar su amor, sus promesas, su arrepentimiento, volvía a echarle la culpa de todo a la inocente luna, volvía a llorar a lágrima viva, volvía a arrojarse, llorosa y desmeleñada a los pies del inflexible, sin que el corazón de piedra de Meredith se ablandase lo más mínimo.

—¡Vete, vete!—seguía repitiendo el galán obstinadamente, sin que, por su parte, la mujer se decidiese a obedecerle.

En la sala, la reacción producida por la tan patética como interminable escena, había causado efectos contradictorios. Mientras algunos espectadores cansados de ver llorar a la protagonista y oír pronunciar la misma palabra desalentadora al galán desdeñoso, habían optado por dormirse pacíficamente

en sus butacas, dejando al tiempo el cuidado de solucionar aquel conflicto doméstico, otros, más sentimentales o más impresionables, lloraban a lágrima viva. No faltaban los eternos descontentos que se atrevían a censurar la película en voz alta, calificándola despectivamente de "birria", mientras que otros, los del bando contrario, afirmaban, por el contrario, que era la octava maravilla.

En cuanto a Luisa, las escenas que discurrían en la pantalla habían logrado captar tanto su interés, que se olvidó completamente de sus funciones de acomodadora, de su obligación de situarse en el vestíbulo, de todo, absolutamente de todo, para identificarse completamente en la desgracia de la infeliz protagonista, cuyo dolor compartía en este momento, sintiéndolo como suyo propio. A decir verdad, Luisa, en su inocencia, no sabía a ciencia cierta qué era lo que había podido pasar aquella noche de luna, para causar un trastorno tan grande, pero el dolor de la mujer, expresado con tantas lágrimas y acentos desgarradores, le llegaba al alma. Tan abstracta estaba, que, sin darse cuenta, se fué acercando a una fila de butacas, sentándose primero en el respaldo de una de ellas, para terminar acomodándose tran-

quilamente en el mullido asiento. Con la boca entreabierta, los ojos llenos de lágrimas y el corazón palpitante, siguió presenciando el drama terrible.

Mitzi continuaba llorando. Doscientos metros de celuloide entre llantos y súplicas, eran ciertamente un record de patetismo. La actriz estaba agotada y los espectadores también. Era necesario terminar de una vez aquella situación terrible. El primero de los recursos supremos, o sea el de las lágrimas, había sido un completo "fiasco". Era necesario tocar otro resorte, apelar a otro recurso más supremo todavía...

—¡Meredith!—y esta vez al pronunciar el nombre del marido, la voz de la actriz cobró acentos desgarradores—. ¡Meredith! Vuelvo a suplicarte que me perdes. Si no por mí, por lo menos por nuestro hijo. Es un ser inocente, inocente...

También falló aquel resorte. Meredith se negaba obstinadamente a asociar la inocencia de su hijo con una falta en la que la luna había tenido un papel tan importante. También esta vez salió de sus labios la palabra terrible:

—¡Vete!

Aquel "vete" tuvo la virtud de conmover a todos los espectadores que permanecían todavía despiertos. Ahora, una vez enterados de

que Mitzi era madre de un precioso bebé, todo el mundo se sentía dispuesto a perdonarla de buen grado y reprochar al inflexible marido su dureza. Desde aquel momento, Mitzi había ganado el corazón de todos los espectadores sensibles, que saldrían del cine convencidísimos de que el galán era un ogro y ella una palomita inocente.

Luisa hacía mucho tiempo que lloraba. Desde que Mitzi había empezado su comedia. Como la escena era tan larga, había tenido tiempo de derramar tan amargas lágrimas, que casi ya no le quedaban de reserva. Unos minutos más y los ojos de los espectadores se habían secado por falta de material. La joven, que seguía con el corazón anhelante las incidencias del drama, oyó un terrible sollozo salido del pecho de alguna persona que se hallaba a su lado. Miró atentamente y casi junto a ella, separado sólo por una butaca, pudo ver el rostro compungido del hombre de los malos modales y la nariz aflada, que lloraba a modo tendido. Aquel espectáculo de un hombre derramando amargo llanto, tuvo la virtud de enternecer todavía más a Luisa, que arreció también en sus sollozos. No podía decirse que aquel drama no conseguía llegar al corazón de los espectadores.

Mientras tanto, en la pantalla, los dos protagonistas seguían en sus trece. La mujer, invocando todo lo imaginable, el hombre agarrado a su única palabra.

—¡Oh, Meredith! ¡Recuerda!

—¡Vete!

—¡Meredith! ¿Te has olvidado?

—¡Vete!

—¡Meredith, nuestro hijo!

—¡VETE!

Pero como todo tiene su fin en este mundo, también la película terminó con el triunfo de Mitzi sobre su inflexible marido, que cansado de decir ¡vete! optó por decir ¡quédate!, a fin de que la película terminase con el beso final y con el beneplácito de los espectadores y la casa productora tuviera un éxito con ella, ya que es cosa aprobada que el público que acude a los cines gusta del final feliz, por encima de ningún otro. Salieron los espectadores, salieron las acomodadoras, las cuales, a excepción hecha de Luisa, pertenecían al género de las que flirtean con los espectadores de todas las edades y todas las categorías, salió también Luisa y apenas llegada a la puerta hubo de habérselas con un don Juan profesional que se había quedado sin pareja y que tomándola por una de las acomodadoras que aceptan fácilmente la com-

pañía de un galán joven y bien portado que les pague una cena en un restaurante de moda, se ofreció *generosamente* a acompañarla al verla salir sola.

—¿Es usted nueva en el establecimiento? —inquirió sonriendo.

Luisa le miró sorprendida.

—Sí, sí, señor.

—Vaya, vaya. ¿Qué le parece si nos fuéramos a tomar alguna cosa? Por ejemplo, unos emparedados y una cerveza.

Luisa volvió a mirarle extrañada. Era joven, no mal parecido, tenía una sonrisa irresistible. Pero las palabras de la señora Schultz vinieron a su mente. “Desconfía de los hombres. Mucho cuidado con ellos, hija mía”. La gentil ex asilada se sintió turbadísima. Quiso marchar, seguir su camino, perder de vista a aquel ser que según el criterio de la buena directora, debía ser *dañino y peligroso*, pero el joven le barrió el paso sonriendo.

—¿No la seduce a usted el plan?

Luisa hizo un esfuerzo sobrehumano para sobreponerse al miedo y a la timidez que la invadía. Miró al joven cara a cara, atrevidamente y repuso:

—Ni me gusta la cerveza ni me gustan los emparedados, ni me gusta irme por ahí con un desconocido. Con que...

El atrevido don Juan, en lugar de darse por vencido apretó el cerco. Viendo el azoramiento de la joven intentó sacar partido de él, en vez de retirarse discretamente. Intentó ofrecerle el brazo, pero la joven lo rechazó altivamente:

—Déjeme usted, déjeme usted— porfió intentando desasirse.

Pero el joven no parecía dispuesto a complacerla. En lugar de apartar su brazo la cogió más fuerte, y acercando su rostro al de la asustada muchacha, le dijo con voz melosa:

—¿De veras, de veras no quiere usted que la acompañe?

La proximidad del rostro del desconocido, la fuerte presión de su brazo sobre el suyo, la hora avanzada de la noche, la soledad en que se hallaba abandonada enteramente a sus propios recursos, hicieron que el azoramiento de Luisa llegase a su punto culminante. Casi sin saberlo que hacía, obedeciendo al influjo de un pánico irresistible, gritó más que dijo al mismo tiempo que volvía a intentar nuevamente desasirse de su brazo:

—¡Suélteme usted, le digo! ¡Soy una mujer casada!

—¿Casada?

—Sí, señor. ¿Qué tiene esto de extraño?

El joven la miró con guasa.

—¿De veras? ¿Y quién es su marido? ¿Acaso ha venido a buscarla? ¿Cómo se atreve a dejar sola a estas horas a una mujer tan joven y tan bonita?

—Mi marido está enfermo en cama, con fiebre—balbuceó Luisa, cuyo azoramiento iba creciendo por momentos.

—¿De veras? ¡Pobrecito!

Luisa se percató entonces de dos realidades terribles. Una de que el atrevido desconocido no se había tomado en serio aquello del casamiento. Otra, que sin duda por eso, no llevaba intención de soltarla. Al calor de aquella situación difícil en que se hallaba y que su miedo convertía en desesperada, se le ocurrió una idea, una idea que decidió poner en práctica inmediatamente. Señalando a un hombre que en aquel momento cruzaba la calle, gritó, dando un fuerte tirón al brazo del desconocido para que éste la soltara:

—Pero, ¿qué veo? Allí viene mi marido. Debe haberse puesto bueno de repente.

El joven miró entonces en dirección al sitio a donde Luisa había señalado y este momento de distracción fué aprovechado por la muchacha para echar a correr en busca de su presunto marido, que, por cierto, era el hombre de la nariz puntiagu-

da que había rechazado olímpicamente sus servicios de acomodadora unas horas antes, el camarero del hotel o lo que fuera, quien al ver avanzar a la joven con los brazos abiertos y el rostro sonriente, y al ver, sobre todo, que se colgaba de su brazo diciéndole con el aire más amoroso del mundo "¿Cómo estás, queridito? ¿Me estabas esperando? ¿Ha bajado tu fiebre?" creyó, en verdad, estar delirando. Miró estupefacto a la atrevida doncella, la cual, en lugar de darle explicaciones se limitó a obsequiarle con otra sonrisa seductora al mismo tiempo que, llevándose un dedo a los labios, le recomendaba silencio. Y entonces, el buen hombre creyó haber salido de dudas definitivamente. Estaba tratando con una loca.

El camarero se creyó entonces en el deber de protestar ruidosamente:

—¿Quiere usted soltar mi brazo? —arguyó con cara de pocos amigos.

Pero la joven, en lugar de obedecerle acercó su boca a su oído y murmuró entre dientes:

—Déjeme ir con usted hasta la esquina próxima. El me está mirando y si ve que lo suelto volverá a importunarme.

El camarero le echó una mirada atravesada, pero al ver el azoramiento de la muchacha, que se pintaba muy claramente en su rostro angelical, se compadeció de ella. Empezaba a comprender qué motivo la había movido a comportarse de aquella manera tan extraña, y el hecho de que le hubiese escogido a él para que la librara de las impertinencias de otro hombre, no podía menos de enorgullecerle.

Al llegar a la esquina, la joven se creyó obligada a prescindir de su ayuda; soltó su brazo y dijo:

—Gracias mil, caballero. Nunca olvidaré el favor que acababa de hacerme.

Los finos modales de Luisa convocaron al buen hombre. Dejó de poner cara fosca y dirigiéndose a ella con amabilidad inconcebible, le dijo:

—Usted y yo nos hemos visto en alguna parte, ¿no es cierto?

—Sí... soy la acomodadora del "Palacio de Ensueño" a quien usted rechazó sus servicios.

—Toma, pues es verdad! Así, sin los pantalones, no la había reconocido. Pero digame: ¿por qué me ha cogido usted del brazo y me ha dirigido unas palabras tan extrañas?

—Porque un impertinente se había empeñado en acompañarme e invitarme a tomar emparedados y cerveza con él, y como no sabía có-

mo zafarme, le dije que estaba casada y que usted era mi marido.

—¡Oh! —exclamó el buen hombre asombrado.

—¿Está usted enojado por eso?

—No, de ninguna manera. Me resulta muy gracioso, y para demostrarle que no le guardo rencor por el susto que me ha dado la invito yo también a tomar cerveza y emparedados. No puede usted rechazar la invitación que le hace su marido.

Luisa contempló a su compañero. Vió su nariz terriblemente puntiaguda, sus ojos chiquitines e inocentes, su cuerpo alto y desgarbado... y pensó que ni siquiera la fobia que la excelente señora Schultz profesaba al sexo contrario podría hacerle encontrar dañino y peligroso al sujeto aquel. Su instinto femenino le dijo que nada había de temer de aquel buen hombre y, por otra parte, su estómago estaba pidiendo a gritos un poco de alimento. Decidió, pues, aceptar sin grandes vacilaciones y, diez minutos después, la gentil acomodadora del "Palacio de Ensueño" y el camarero del gran Hotel Metropol estaban sentados en un restaurante de moda, con música y danzantes, como Luisa no había visto nunca en su vida, comiendo unos riquísimos emparedados y be-

biendo una cerveza no menos riquísima.

El camarero, como buen profesional, observaba atentamente todos los detalles: los manteles, las servilletas, el servicio de mesa; y por la expresión de desagrado que se pintaba en su rostro, se veía bien a las claras que lo encontraba todo de un mal gusto detestable, comparado con la finura y la riqueza que imperaba en el hotel donde él prestaba sus servicios.

—Mire usted estos cubiertos. Son alpaca pura, con un baño de plata. Y esos vasos, vidrio indecente. Si vieras usted el servicio de mesa del Metropol... Oro y plata y cristal de Bohemia de lo más legítimo.

Luisa abrió los ojos asombrada.

—Este hotel que usted dice, debe ser una maravilla.

—¿No ha estado usted nunca en un hotel de lujo?

—No he estado en parte alguna fuera del orfelinato.

—¿Se ha escapado usted acaso?

—¡Oh, no, señor! —repuso Luisa ofendidísima—. Me han colocado ellos mismos como acomodadora del "Palacio de Ensueño". Ya iba siendo demasiado grandecita para permanecer en el asilo. Hay asiladas que se fugan, pero casi todas vuelven. No es aquella una vida muy divertida, pero la directora, la

señora Schultz, es muy buena con todas nosotras. Una vez salimos del asilo para dar una representación teatral en una penitenciaría y nos divertimos mucho, pero no hemos vuelto por allí porque, según dijeron, nuestra función les había aburrido soberanamente.

—¿Nunca ha estado usted en un baile?

—¡Oh no, nunca, y me gustaría tanto ver uno!

—Tendría usted que ver los bailes de mi hotel. Aquello sí que es elegancia y lujo. Hay que ver qué derroche de trajes y joyas. Automóviles último modelo, abrigos de armiño. Precisamente mañana dan un baile. ¿Le gustaría verlo?

—¿Que si me gustaría, dice usted? ¡Muchísimo!

—Pero para poder asistir al baile, precisa usted un traje de noche.

Luisa permaneció unos instantes perpleja.

—El caso es que no tengo ninguno—murmuró tristemente.

—Una muchacha tan joven y tan bonita como usted debería poseer una docena de trajes de noche por lo menos y automóviles y joyas y capas de armiño—sugirió el camarero, que ya se había reconciliado

enteramente con la gentil acomodadora.

—Tal vez me lo prestarían en el teatro. La actriz que trabaja en el fin de fiesta me ha dicho esta tarde que le era muy simpática. Si me atreviese a pedirle uno...

—Entonces, trato hecho. Si usted puede conseguir el traje, yo me encargo de conseguirle una entrada para el baile. A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Luisa Gingebusher — repuso la joven muy satisfecha.

Pero con la cara que puso el gallante compañero comprendió que el nombrecito no le había satisfecho demasiado.

—¡Qué detestable apellido!—comentó sinceramente—. No lo mencione para nada en la fiesta del hotel si no quiere causar una impresión desagradable. Es tan poco aristocrático... Y ahora, para empezar, voy a darle una lección de baile.

—Pero, ¿sabe usted bailar?—inquirió Luisa.

—Teóricamente, sí. Lo suficiente para ayudarla a salir del paso.

Luisa obedeció. Su nuevo amigo la enlazó por el talle e iniciaron unos pasos de danza, pero a los cinco minutos justos, la pobre joven había recibido veintidós pisotones y dado a su vez otros tantos.

CAPITULO III

Al día siguiente, cumpliendo lo prometido, el camarero del Hotel Metropol consiguió la entrada para la linda joven, quien a su vez logró de la artista encargada del fin de fiesta, que le proporcionase el traje de noche indispensable para asistir al baile.

Si las compañeras del orfelinato hubiesen tenido ocasión de ver a la gentil Luisa con su elegante traje blanco, de organdí y muselina y su capita obscura, con su peinado a la última moda, con unas cuantas joyas que le había prestado también la artista y con su rostro discretamente maquillado, habrían creído encontrarse ante la personificación del hada buena mencionada en todos sus cuentos de hadas. En cuanto a la excelente señora Schultz, no habría dudado ni un momento que Luisa había echado al olvido su sermoncito a propósito de los peligros que la acechaban en el mundo y, sobre todo, el capítulo referente al tan temible y nunca bastante temido sexo contrario. Porque Luisa Gingebusher, con sus diez y siete añitos, sus ojos azules orlados de largas pestañas, su cabello rubio y ondulado y su cuerpecito esbelto, estaba hecha una verdadera preciosidad, capaz de trastornar la cabeza al hombre más sensato.

Entró la joven en el hotel con aire encogido y medroso. Entregó su entrada y paseó su mirada sorprendida por su alrededor. El espectáculo que se ofrecía ante sus ojos no podía ser más soberbio y, sobre todo, para ella tenía el mágico encanto de lo inédito. El camarero se había quedado corto al ponderarle la magnificencia de las fiestas que se celebraban en el hotel. Luisa, pese a sus propósitos de mantenerse serena o indiferente, no pudo menos de quedarse con la boca abierta y con la mirada absorta, como una provinciana, al ver aquel desfile sumuoso de mujeres elegantes y vistosas, cargadas de joyas, escotadas, maquilladas, y a aquellos hombres, vestidos impeccablemente con su gardería en el ojal del frac, sus pecheras almidonadas, que pasaban por su lado sonriéndola al verla sin pareja. La profusión de luces, los espejos y las flores, las mesas admirablemente puestas, con sus manteles limpios y almidonados, sus cubiertos de plata, su vajilla de porcelana finísima, la cristalería soberbia. El lujo deslumbrador que rei-

naba por doquier ejerció una extraña influencia sobre la soñadora Luisa, que por un momento se creyó transportada a uno de aquellos palacios encantados de los cuentos de hadas, a los que era tan aficionada. Pensó en el príncipe encantador que seguramente se hallaría en aquel lugar, confundido con la concurrencia, pero apenas había pensado en la posibilidad de encontrarlo, cuando se acordó de los consejos de la señora Schultz y decidió abandonar sus propósitos. Por de pronto se contentaría con el camarero que tan bien se había portado con ella la noche anterior y que respondía al poético nombre de Adalberto.

Pero ya Adalberto, que la había visto entrar, había ido a su encuentro, saludándola ceremoniosamente como si no la conociese.

—¡Oh, Adalberto!—exclamó la muchacha alborozada—. ¡Qué bien le sientan el frac y la pechera almidonada! ¡Parece un señorito!

Adalberto le guiñó un ojo pícarosamente.

—No sea usted inocente, Luisa—exclamó—. Usted aquí no me conoce. Nada de familiaridades con los camareros. Pórtese como una verdadera señorita.

—Pero, Adalberto, no pretendrá usted dejarme abandonada entre esta gente que me es enteramente

desconocida. ¿Qué voy a hacer aquí sola?

—Pues sentarse en cualquiera de estas mesas que se hallan desocupadas y esperar que yo la sirva. Pero, sobre todo, nada de familiaridades. ¡Ah! Y olvídese usted también de que se llama Gingebusher.

Y sin decir más, requerido por uno de sus clientes, Adalberto se fué, dejando a la infeliz Luisa completamente abandonada a su triste suerte.

La joven se fué acercando lentamente a una de las mesas desocupadas, pero se sentía tan violenta allí, que lejos de sentarse empezó a pensar en la conveniencia de marcharse. Las palabras de Adalberto prohibiéndole toda clase de confianzas con los camareros la tenían medrosa y asustada. Ella había ido allí con la intención de sentarse junto a él y juntos los dos presenciar el espectáculo y hasta si era necesario dar algunos pasos de baile. Y he aquí que él la dejaba abandonada en aquel inmenso y lujoso salón, sin indicarle siquiera en dónde debía sentarse.

Un caballero de mediana edad, vestido impecablemente, con aspecto de hombre de mundo y rostro jovial y simpático, había estado observando atentamente a la joven desde que había entrado. Al verla

acerarse a la mesa y permanecer de pie junto a ella sin atreverse a sentarse, sonrió melifluamente. Cruzó el comedor, tropezándose en su camino con un borracho a quien tuvo que sostener en sus brazos para evitar que cayera y que le confesó estar muy preocupado en solucionar el problema de suprimir las escaleras de los hoteles, que, de acuerdo con su criterio, no servían para nada y no tardó en llegar junto a Luisa, a la que saludó cortésmente sonriendo, al mismo tiempo que le decía:

—Señorita, me llamo Konrad y estoy dispuesto a servirla en lo que deseé.

La joven miró al recién llegado. “Vaya camarero amable y elegante”, pensó para sus adentros. Aceptó el asiento que éste le indicaba y sólo cuando vió que el supuesto camarero parecía dispuesto a sentarse a su lado, decidió protestar energicamente.

—No quiero confianzas con camareros —dijo con altivez, recordando los consejos de Adalberto.

El llamado Konrad soltó una estentórea carcajada.

—¡Qué gracia! ¡Pues no me ha tomado por un camarero! ¿Tengo yo acaso aspecto de camarero? No, no, señorita, no soy un camarero.

—¿Acaso es usted un ministro?

—inquirió Luisa con expresión burlona.

—No, no, señorita, no soy un ministro, aunque algunos dicen que lo parezco. Como ya le dije, me llamo Konrad, Konrad Hersholtz, y si se empeña usted en saber a qué me dedico no tendré inconveniente en decírselo. Me dedico al negocio de carne.

—¿Carnicero, entonces?

—No, no, tampoco soy carnicero. Soy importador de carne congelada. ¿No le gusta a usted la carne congelada? ¿Acaso es usted vegetariana?

—No, no soy vegetariana, pero no comprendo por qué está usted aquí conmigo y por qué me cuenta todas esas cosas que no me interesan lo más mínimo—objetó entonces Luisa que ya empezaba a escamarse.

—Antes de contestarle permítame que le haga una pregunta. ¿Está usted sola? Quiero decir, si tiene alguien que la acompañe, si espera a alguien.

—No tengo nadie que me acompañe ni espero a nadie, pero...

—Entonces, ¿por qué no acepta una copa de champagne?

Y antes de que Luisa hubiese tenido tiempo de contestar aceptando o rechazando su invitación, ya Konrad había llamado al camarero, que

resultó ser Adalberto, quien al ver a Luisa acompañada de un desconocido abrió dos ojos como dos naranjas.

—¿Ha dicho usted champagne? —inquirió.

—Sí, champagne, champagne, ¿qué tiene esto de extraño? ¿Por qué me mira usted con esta cara, como si estuviera bebido?

—Perdón, señor—repuso Adalberto respetuosamente—. Pero he pensado que tal vez la señorita prefiere un poco de sopa.

—Sopa? ¿Está usted loco? ¿Es que a alguien se le puede antojar el pedir sopa a estas horas? ¡Traiga usted el champagne inmediatamente y absténgase de dar consejos tan disparatados!

Adalberto obedeció. Hizo una seña a Luisa como diciéndole: “¿Quién es ese sujeto?” Y como Luisa no se dignó sacarle de dudas, entre otras razones porque no podía hacerlo, decidió marcharse en busca del champagne.

Quedaron otra vez solos el importador de carnes congeladas y la gentil Luisa. Aquél optimista y sonriente, con sus ojos pequeños y vivaces, su bigotito impertinente y una expresión de ingenua alegría en su rostro maduro. Ella serieca y desconfiada, mirando al impertinente con expresión de reproche,

pero sin atreverse a ordenarle de nuevo que se marchara. A decir verdad, no sabía qué hacer ni qué partido tomar, ni qué cara poner. Si Adalberto no le hubiese prohibido tener ningún género de confianzas con él ante las demás personas, le habría preguntado a él lo que debía hacer y él la habría sacado seguramente de dudas, pero abandonada por completo a su propia iniciativa, lo único que podía hacer era hallarse sumida en un mar de confusiones. La idea de que iba a beber champagne, tuvo, no obstante, la virtud de tranquilizarla. Luisa no había probado jamás el líquido dorado, ni tenía la menor idea de cuál pudiera ser su gusto.

Miró a su compañero de mesa y se sorprendió al ver que éste tenía sus ojos fijos en su rostro con expresión de complacencia. Luisa se ruborizó y el tinte rosado que se extendió por sus mejillas, la hizo aparecer todavía más bella.

—¡Qué bonita es usted!—exclamó el señor Konrad en una explosión de sincero entusiasmo.

Y como la gentil muchacha no estaba acostumbrada a oír ninguna clase de cumplidos de labios de un hombre, se ruborizó todavía más y entonces el tinte rosado se convirtió en cereza.

—Es usted la mujer más encan-

tadora que he encontrado desde que he regresado de América del Sur. Fuí allá por cuestión de negocios, ¿sabe? Las mujeres de Buenos Aires son también muy bonitas, morenas, con unos ojos negros y grandes. Pero, usted, usted... ¿por qué se ruboriza? ¿Acaso no le ha dicho nadie que es usted muy bonita?

Iba Luisa a replicar, iba tal vez a abrirle su corazón diciéndole, en un rastro de confianza, quién era y de dónde venía, el por qué de sus rubores y de su inquietud, cuando vió aparecer al borracho que un momento antes se había tropezado con Konrad y que seguía con su misma idea desfavorable a la construcción de escaleras. Avanzó hacia ellos, se colocó junto a Luisa y mirándola con ojos de besugó a medio morir, empezó a elogiar también su belleza en términos tan vivos y encomiásticos, que dejaban tamañitos los pirojos del importador de carnes congeladas.

Esta vez Luisa no se ruborizó ni agradeció los elogios. La presencia del borracho, lejos de divertirla tuvo la virtud de azararla y molestarla, y entonces, Konrad, comprendiendo lo que pasaba por ella y sintiéndose incapaz de deshacerse del pertinente borracho, como no fuera poniéndole knock out de un puñetazo, optó por coger a Luisa del bra-

zo y con excusa de ir a bailar con ella llevársela a otra parte.

Con intención o sin ella, la llevó a un reservado del mismo hotel.

—Aquí estaremos mejor que entre el bullicio de la gente y sobre todo, al abrigo de borrachos.

Luisa miró a su alrededor con asombro. No tenía idea de lo que era un reservado. Así es que su presencia allí, a solas con un hombre, no la inquietó de momento lo más mínimo. Sonrió, pues, con su sonrisa angelical, enseñando sus diente-cillos blancos e iguales, y mirando a su compañero con expresión de confianza le dijo sinceramente:

—¿Sabe usted, señor? Yo soy muy franca. Me han acostumbrado a decir siempre la verdad y me sería muy difícil decir lo que no siento. Usted me ha sido muy simpático desde el primer momento y ¿sabe usted por qué? Pues porque me inspira mucha confianza.

El rostro del importador de carnes congeladas expresó una satisfacción inmensa. También él estuvo a punto de ruborizarse. Sonrió beatíficamente y devolviendo el cumplido dijo poniendo toda el alma en sus palabras:

—También usted me es muy simpática, Luisita. ¿Me permite que la llame Luisita? Y también a mí me gusta la franqueza y como soy

hombre de negocios y no me gusta perder el tiempo voy a hablar claro. Imagínese que un día se tropezase usted en su camino con un mago y que éste le dijera: "Luisita, pídemelo lo que quieras, que te será concedido inmediatamente" ¿Qué haría usted? ¿Qué pediría? ¿No le pediría usted al mago todo lo que una mujercita bonita y joven como usted desea invariablemente?

La joven, que al oír la palabra "mago" había abierto mucho los ojos, palmoteó de gozo con infantil alegría.

—¡También a usted le gustan los cuentos de hadas!—exclamó transportada de gozo.

Pero no, no. Al señor Konrad no le gustaban los cuentos de hadas, según confesó él mismo. Estaba hablando en serio. No era el cuento de hadas del Bosque Encantado, como ella creía, sino del libro de cheques. En una palabra, ¿qué pediría Luisa al mago convertido en hombre de negocios?

Y Luisa, que en su inocencia no acababa de comprender el sentido del ofrecimiento, repuso ingenuamente:

—Pues... Le pediría vestidos, joyas, abrigos de armiño, langostas, caviar, champagne...

—Sí, ya veo que al mago le costará un poco caro proteger a la jó-

vencita desvalida—repuso Konrad guiñando picarescamente el ojo. En fin, y para empezar, ¿qué quiere usted?

—¡Oh, nada, nada!—repuso ella avergonzada.

—¿Cómo que nada? Vamos a ver. ¿No aceptaría un abriguito de pieles?

—¿Un abrigo de pieles? Sí, tal vez, sí... Un abrigo de armiño.

—Podía haber pedido chinchilla, que todavía es más caro... ¡Luisa, es usted encantadora!

Luisa no podía comprender la relación que pudiera haber entre la petición de un abrigo de armiño y el encanto que, por lo visto, emanaba de su persona, pero se creyó obligada a agradecer el cumplido con una sonrisa.

—A su lado—continuó elogiadno Konrad—me siento rejuvenecido, casi diría infantil. Me entran ganas de jugar.

Por primera vez, desde su encuentro en el comedor, Luisa empezó a temer que su compañero fuese un loco o un borracho. Su actitud de ahora no era, por lo menos, nada tranquilizadora. Los ojos le hacían chiribitas, tenía el rostro congestionado por el calor y el champagne trasegado y se rebullía inquieto en su asiento, como si le costase un esfuerzo el permanecer sentado y en

actitud pacífica. De pronto, se levantó, se colocó de un salto junto a la joven y sin decirle allá va, sin prevenirla para nada, estampó un sonoro beso en su mejilla al mismo tiempo que le decía con voz alegre e insinuante:

—A su lado, incluso, tengo ganas de jugar como en los tiempos de mi infancia. ¿Qué le parece si jugáramos a leones y a gacelas? Yo sería el león y usted la tímida gacela perseguida. De repente yo le salto encima y me la llevo... me la llevo a la caverna...

Y uniendo la acción a la palabra, saltó sobre Luisa, la cogió por la cintura y la levantó en vilo, con el consiguiente susto de la muchacha, que empezó a gritar aterrizada:

—¡Oh, déjeme usted, déjeme o grito! ¡Súlteme, le digo!

Aquel maduro importador de carnes congeladas debía haberse vuelto loco de repente, porque en lugar de complacerla empezó a galopar por toda la habitación, sosteniéndola en alto, imitando los rugidos del león con tanta propiedad y violencia, que no tardó en abrirse la puerta y dar paso a un camarero que, seguramente, venía a enterarse si algún animal del zoo se había escapado del parque, yendo a buscar refugio en aquel reservado.

La sorpresa del camarero, Adalberto en persona, no tuvo límites, al ver a la gentil acomodadora en el paso de circo aquel y al maduro galán sosteniéndola en sus brazos. Su presencia tuvo la virtud de apaciguar la furia del presunto león, el cual soltando su presa se encaró con el camarero:

—¿Qué desea usted?

—No me había llamado el señor?

—No. Puede usted retirarse. Es decir, no. Puesto que está usted ya aquí voy a encargarle la cena. ¿Cómo está hoy la langosta?

—¡Detestable!

—¿Cómo está el lenguado?

—¡Pútrido!

—¡Caramba! ¿Es posible?... ¿Y las chuletas de cordero?

—¡Durísimas! ¡Como que son de cabra!

—Entonces, ¿qué tienen ustedes de bueno, vamos a ver?

—Unos fiambres estupendos—repuso Adalberto que mientras contestaba lacónicamente las preguntas de su cliente, no cesaba de echar miradas expresivas a la infeliz Luisa.

—Entonces traiga los fiambres y una botella de Pomery 1911.

—Los fiambres sólo se sirven en el bar, señor—sugirió Adalberto con la peor de las intenciones.

—Pues volvamos al bar — repuso Luisa, que a pesar de que, con su maravillosa ingenuidad, no había interpretado mal el juego del león y la gacela, no se sentía muy dispuesta a repetir la suerte.

—No, no. Quiero cenar aquí.

—Sus motivos tendrá...—insinuó Adalberto intencionadamente.

—¿Por qué no he de poder cenar aquí si quiero? ¡Por lo visto, en este hotel, lo único que es de primera clase son los precios! — exclamó Konrad indignado—. Todo lo que se me ocurre encargar, o bien está pasado, o bien tiene que ser servido en otro sitio.

—Ironías del destino — repuso Adalberto sentenciosamente—. Puedo prepararles si quieren una mesa excelente en el restaurante.

—No quiero cenar en el restaurante — repuso Konrad obstinadamente—. ¡Quiero cenar aquí aunque sea una tortilla!

—Dudo que pueda servírsele una tortilla, señor, pero, en fin, si usted lo desea iré a preguntarle al *maître*.

Salió Adalberto, después de haber lanzado una última mirada a Luisa en la que se confundían la cólera y el desprecio y que, a igual que las otras, cayó en el vacío; y la gentil muchacha volvió a encontrarse a solas con el león, convertida de nuevo en tímida gacela.

—A fe mía que éste es el peor hotel del mundo entero. Pero, en fin, si logramos que nos sirvan la tortilla...

Se interrumpió. ¿Qué le importaba ahora todo aquello? No volvía a encontrarse de nuevo junto a aquella gentil muchacha tan bien dispuesta a aceptar un abrigo de arniño? El corazón del millonario Konrad latía fuertemente. Si Luisa hubiese podido penetrar en el interior de aquel hombre, seguramente su miedo se habría desvanecido en seguida. Efectivamente, el riquísimo importador de carnes congeladas encontrado por azar aquella noche, si no era un príncipe de cuentos de hadas en el físico merecía serlo por lo ingenuo, por lo generoso y por lo bueno. Y si Luisa, en lugar de ser una joven inexperta y pura como los mismos ángeles, hubiese sido una mujercita ladina y calculadora, aquel *león terrible* se habría convertido en un manso cordero, presto a vaciar su bolsa con tal de satisfacer sus caprichos. En aquel momento estaban ambos jugando una especie de comedia de "las equivocaciones" sin saberlo.

El, creyendo habérselas con una joven aprovechada a caza de un protector generoso, ella, fluctuando entre el miedo que le inspiraban las excentricidades de

aquel hombre y entre la confianza que, a pesar de todo, sentía hacia él. Cómo acabaría el juego aquel, nadie sería capaz de adivinarlo, aunque sí podía asegurarse, que si la tímida gacela no quería, el terrible león no se atrevía a devorarla, aunque le regalase el abrigo de arniño prometido.

—Olvidemos este lamentable incidente y volvamos a nuestro juego. ¿Se acuerda usted, Luisa, Luisita? Usted era la tímida gacela y yo el león que...

Pero esta vez Luisa no estaba dispuesta a permitir que la broma continuase. La idea de verse de nuevo levantada en el aire por los fuertes brazos de su compañero, lejos de seducirla le infundía un pánico enorme. Se decidió, pues, a terminar aquella situación enojosa de una manera rápida y violenta y viendo que el *león* se acercaba de nuevo, tal vez con ánimo de devorarla, comenzó:

—¡Súlteme usted, no me toque! ¡No intente levantarme de nuevo porque grito!

—Pero ¡si es una broma, mi querida Luisa!

—Broma o no, no quiero continuarla.

—¿Por qué se pone así? Podríamos divertirnos tanto juntos. ¡Es usted tan joven y bonita!...

Insistió en cogerla por el brazo, y entonces Luisa recordó una escena parecida, la noche pasada al salir del cine. Recordó también la estreitagema gracias a la cual había logrado zafarse del impertinente desconocido, y casi sin darse cuenta, las mismas palabras volvieron a sus labios inconscientemente:

—Soy casada —murmuró bajando los ojos tímidamente—. Soy casada y...

—¡Casada! — exclamó Konrad estupefacto—. Casada y ha permitido que... ¿Y su marido? ¿Dónde está su marido? ¿Cómo la ha dejado venir sola a este hotel, exponiéndose a...?

—Mi marido está en cama con fiebre —repuso Luisa convencidísima.

—¡Casada! — volvió a exclarar el importador de carnes congeladas, como si no pudiera creerlo—. Precisamente cuando yo me había hecho el propósito de protegerla... desinteresadamente. Cuando, cansado de estas sanguijuelas que me chupan la sangre y los cuartos estaba dispuesto a... ¡Qué sé yo! A arruinarme por usted, a casarme... ¡A hacer cualquier disparate análogo!

Se detuvo furioso al ver que Luisa le miraba entre asustada y compadecida. La joven empezaba

a arrepentirse de haberle mentido tan ignominiosamente. El dolor y la cólera de Konrad le llagaban al corazón y habría querido poder consolarle de alguna manera, pero presentía que para conseguirlo habría de hacer abdicación de las promesas que hiciera solemnemente delante de la señora Schlutz el día de su salida del orfelinato y no se atrevía a llegar tan lejos.

En aquel momento, Adalberto apareció en el reservado, suavizando con su presencia la tirantez de aquella situación difícil.

—Vengo a decirle al señor que no hay huevos, y por lo tanto es absolutamente imposible servirle la tortilla — dijo con voz cavernosa.

—No importa ahora. ¡Váyase! —cominió Konrad furioso.

No había más remedio que obedecer, o exponerse a un escándalo. Adalberto se decidió por lo primero, y salió nuevamente del reservado, no sin antes haberle echado a Luisa una mirada que era todo un poema.

—Luisa, me ha destrozado usted el corazón. Ha jugado usted con él como una gatita con un novillo, pero la perdonó. Y para demostrarle que no le guardo rencor voy a pro-

ponerle una cosa. ¿Su marido, es un hombre rico?

—No — balbuceó Luisa tímidamente.

—No importa. Yo haré que él le regale abrigos de armiño, joyas, autos, todo lo que pueda adquirirse con dinero. ¿Cómo?, preguntará usted. Pues muy sencillo. Haciendo de él un hombre rico. Para mí es cosa fácil... Y aunque fuera difícil... Desconozco la palabra imposible. Usted no se opondrá a que yo haga una buena obra...

—No, no, señor — siguió balbuceando Luisa cada vez más azorada —. ¿Piensa usted hacerle muy rico?

—Muy rico, tal vez no. Pero sí relativamente rico. ¿De qué se rie?

—De nada — repuso Luisa, que, en efecto, estaba sonriendo beatíficamente. Acababa de ocurrírsele una idea, una idea digna de un cuento de hadas. Un cuento de hadas, en el cual ella fuera el hada buena de un ser desconocido y misterioso. ¿Por qué no, si podía hacer rico a un hombre con sólo dar un golpecito con su varita mágica? Con sólo decir "sí" y tejer una red de mentiras que no podían hacer mal a nadie, y, por el contrario, podían tal vez labrar la felicidad de un hombre...



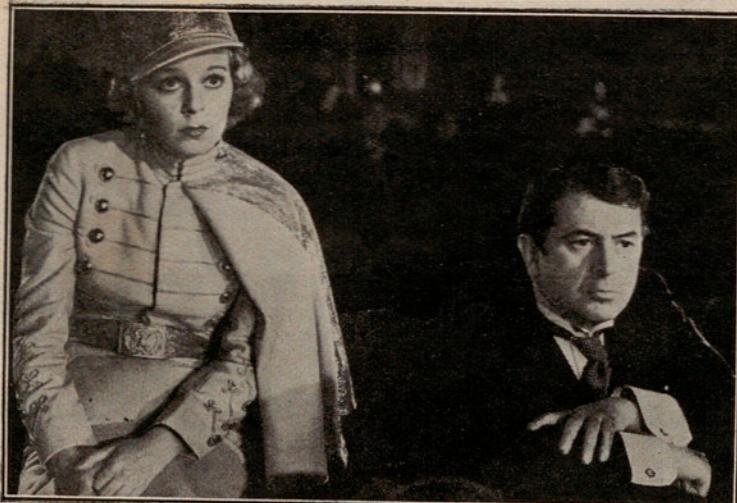
"La princesa se había dormido y soñaba dulcemente."



Al llegar a lo alto de la escalera se detuvo para continuar su relato.



—Y sobre todo, por encima de todo, no olvides que en todos tus actos has de dejar traslucir la saludable influencia de este asilo.



Con el corazón palpitante siguió presenciando el drama terrible.



Intentó ofrecerle el brazo, pero la joven le rechazó.



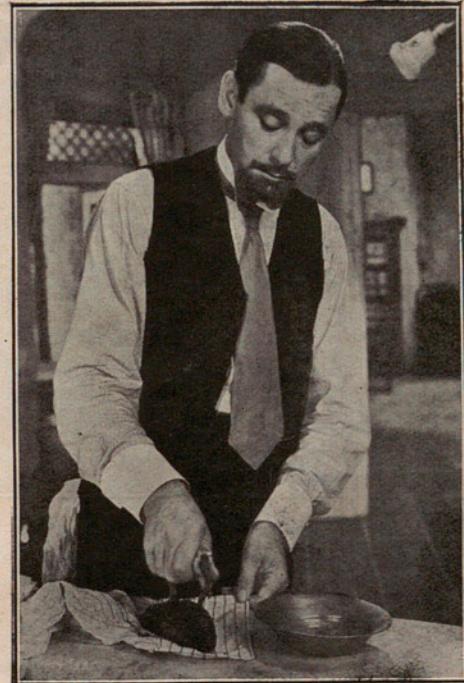
—Mire usted estos cubiertos. Son de alpaca pura con un baño de plata.



Entró la joven en el hotel con aire encogido y medroso y entregó su entrada.



—¡Qué bien le sienta el frac y la pechera almidonada!



Por una amarga ironía del destino se veía obligado a lavar los platos, guisar su comida y planchar su ropa.



—¡Magnífico! Fíjese usted qué punta tan afilada.



—Es un crimen afeitar una barba tan estupenda.



Konrad corrió hacia él gritando y accionando.



—¿Está usted llamándome embustero?



—Si usted sigue hablándome en ese tono le pondré el otro ojo morado.



—¡Y yo fuí tan cándido de creer que el señor Konrad me había ofrecido el cargo en premio a mi honradez acrisolada!



—Usted viene obligado a cumplir lo estipulado en el contrato si no quiere que le lleve a los tribunales.

—¿Y qué hace su marido? —interrogó Konrad.

—¿Mi marido? ¿Qué hace mi marido, dice usted?

—Sí, su marido. Supongo que no será rentista. ¿Por qué me mira usted así? ¿Es que hablo en chino? ¿Qué profesión tiene? ¿Es carnicero, veterinario, dentista?... ¿Acaso abogado?

—¡Sí, sí, abogado! —repuso Luisa rápidamente.

—¡Gracias a Dios! ¿Por qué no me lo dijo usted en seguida?

Luisa estuvo a punto de decirle que no se lo había dicho por la sencilla razón de que tampoco ella lo sabía, pero se acordó del desconocido a quien iba a proteger y guardó silencio.

—Está bien. Mañana iré a verlo y le ofreceré el puesto de consejero judicial en Europa de nuestra casa de importación de carnes congeladas, con un sueldo respetable. Ahora déme su nombre y dirección.

—¿Su nombre y dirección? —inquirió Luisa tan asustada como si en lugar de una cosa tan sencilla acabasen de pedirle la luna.

—¡Naturalmente, su nombre y dirección! ¿Acaso quiere usted que lo adivine? Luisa, a veces, no quisiera ofenderla, pero a veces parece usted un poco tonta.

Adalberto volvió inconsciente-

mente en auxilio de la joven. El buen hombre no podía resignarse a dejar a la gentil damita a quien había conocido la noche anterior, pero sobre cuya honorabilidad no se habría atrevido a dudar ni un momento, expuesta a los peligros que suponía su permanencia en un reservado junto a un hombre que, según su particular criterio, debía estar medio trastornado si no borracho. Estaba, pues dispuesto a arrancarle su presa fuese como fuese, aunque tuviese que armar un escándalo. Adalberto se hallaba en aquel momento mucho más cerca de don Quijote que de ningún otro personaje novelesco.

Entró, pues, resueltamente, con excusa de anunciarle por segunda vez que en todo el hotel había sido imposible encontrar un solo huevo para hacer la tortilla, y al mismo tiempo que decía eso hacía señas desesperadas a Luisa para que se marchara. Esta obedeció esta vez, pero no fué para complacerle a él, sino para servir a sus propios deseos. Fué en busca de un listín de teléfonos, dejando que Konrad, cuya impaciencia había llegado ya al paroxismo al ver de nuevo junto a sus ojos la figura del camarero, ordenara por cuarta o quinta vez una nueva cena.

Cuando Adalberto salió del reser-

vado se encontró a la joven consultando el listín y pronunciando unas palabras completamente ininteligibles.

—¿Es usted tonta o idiota? —reprochó el buen hombre furioso dirigiéndose a la joven—. ¿No sabe usted que una muchacha decente no debe aceptar jamás la invitación de un caballero en un reservado? ¿No me ha visto usted haciéndole señas toda la noche por encima del hombre de su galante acompañante? ¿Es que ha salido usted de un asilo de ciegos?

Pero Luisa no parecía parar atención en los reproches del camarero. Seguía pronunciando palabras extrañas, con una unción casi religiosa.

—Wampa, wempa, wimpa, wompa.

—¿Qué? —preguntó Adalberto aterrado convencido que la muchacha se había vuelto loca.

—Magic, menie, meenie, miney, monie, mu... Hada buena, ayúdame a encontrar a mi marido.

—¿Su marido? ¿Está usted loca? ¿Ha estado usted bebiendo demasiado?

El dedito de Luisa señalando los nombres del listín de teléfonos, se había detenido en la palabra ABO-GADOS. Había llegado el momento decisivo de escoger al azar el

hombre por el cual ella podía ser un hada buena sin que él se entrase.

—¡Max Sporum!... ¡Oh! este debe ser pobre sin duda alguna.

—¡Max Sporum! ¿Pobre? ¿A quién busca usted?

—¿Está la calle Weis situada en un barrio rico o pobre? —inquirió Luisa dirigiéndose al asombrado Adalberto.

—¡Pobrísimo! Vive allí una prima mía.

—¡Oh, es maravilloso! El hada buena ha guiado mi dedo.

El rostro de Adalberto adquirió una expresión difícil de describir.

—¿Qué ha de ser maravilloso este barrio si es una porquería! ¿Qué está usted diciendo? ¿Por qué está usted consultando el listín y diciendo estas palabras tan extrañas? Por Dios, Luisa, dígame: ¿le da a usted esto muy a menudo? ¿Por qué habla usted de su marido si no lo tiene? Usted se va ahora mismo a su casa a dormir la borrachera.

—¡No quiero ir a casa! —repuso Luisa firmemente. —Si supiera usted lo que ha sucedido!

—¡Qué! ¡El muy canalla! ¡Voy a estrangular a este viejo verde! ¡Lo mato! ¡Lo mato! ¡Tan cierto como me llamo Adalberto que lo mato!

—No, no, Adalberto —suplicó Luisa que no comprendía el motivo de aquella indignación del pobre camarero—. Déjame que vaya a decirle el nombre de mi marido y su dirección y me marcharé en seguida, te lo prometo, Adalberto, te lo prometo...

En aquel momento apareció Konrad que venía en busca de la joven, a la que encontró sonriendo y dispuesta a acompañarle de nuevo. En cambio, el rostro del camarero era por demás inquietante. Parecía una fiera.

—¿Podré esperar que nos sirvan alguna vez la cena? —inquirió Konrad furioso al ver a Luisa acompañada del camarero, y con aire de estarle suplicando. Pero su furia subió de punto al ver que éste, en lugar de atenderle se volvía hacia Luisa diciéndole con aire conminatorio:

—Ya lo sabe usted. ¡Cinco minutos nada más! ¡Cinco minutos!

—¿Qué quiere decir ese hombre con eso de cinco minutos? Hace dos horas que estamos aguardando que nos sirvan la cena y no protestamos tanto.

Se apaciguó un poco al ver la sonrisa dulce y amorosa que se pintaba en los labios de la joven.

—Mi marido se llama Max

Sporum y vive en la calle Weis 77. ¿Quiere usted apuntárselo?

—Max Sporum, calle Weis 77... Está bien. Lo prometido es deuda. Iré a verlo mañana por la mañana.

—Y ahora me marcho —insinuó Luisa tímidamente. Temía que transcurridos los cinco minutos Adalberto hiciese de nuevo irrupción en el reservado armándose el gran escándalo.

—¿Marcharse ya? ¡Pero si todavía no hemos empezado a cenar!...

—No puedo quedarme más tiempo. Mi marido me espera. Volveré otro día.

—¿Mañana por la noche? No me diga usted que no, Luisita.

—Bien, acepto. ¡Pero cuidado con mi marido! ¡Es terriblemente celoso!

Salió Luisa, no sin que Konrad intentara retenerla, y antes de llegar a la puerta de salida del hotel se encontró con Adalberto que la estaba esperando.

—Gracias, Adalberto, gracias por todo. He pasado una noche deliciosa —agradeció la joven sinceramente.

—Pues yo no —repuso el camarero furioso—. ¡Es la última vez que hago de niñero!

Salieron juntos. Después de lo sucedido, Adalberto no se atrevía a dejar marchar sola a la muchacha.

Su quiijotismo innato se rebelaba contra la idea de dejarla expuesta a las asechanzas de la noche.

Por lo visto la locura de la joven continuaba en toda su intensidad, porque en lugar de arrepentirse de lo que había hecho, continuó pronunciando unas palabras cada vez más absurdas e ininteligibles.

CAPITULO IV

El señor Max Von Sporum, doctor en leyes, futura gloria del foro húngaro, se hallaba aquella mañana muy ocupado en resolver sus terribles problemas... domésticos. El brillante abogado, de cuyo talento sus clientes, si los hubiese tenido, no se habrían atrevido a dudar jamás, se veía obligado por una amarga ironía del destino a lavar los platos, guisar su comida, planchar su ropa y ocuparse en otros quehaceres tan impropios de su sexo como de su profesión ilustre. Así opinaba él por lo menos aquella mañana, mientras se entretenía tristemente en secar los platos y colocarlos cuidadosamente en su sitio. Su corazón estaba amargado por el desengaño, y su conciencia recta, de abogado escrupuloso, incapaz de prostituirse, estaba más triste y amarga-

—El pobre Max debe ser pobre, muy pobre. Debe pasar las noches en claro pensando cómo se las arreglará para pagar el alquiler del piso, la cuenta del droguero, el recibo de la electricidad... ¡Qué lejos está de imaginarse lo que le espera! La fortuna llama a sus puertas... y yo la he llevado de la mano... ¡Soy su hada buena, su hada buena!

UNA CHICA ANGELICAL

su semblante, pero a su vez le afeaba y le envejecía terriblemente.

Llamaron a la puerta, Sporum se apresuró a acudir a la llamada, pero sin abrir la puerta enteramente. No quería exponerse a irrumpiciones desagradables en el interior de su domicilio. A través de la puerta entreabierta miró al recién llegado. Era un desconocido, no llevaba uniforme de ninguna clase, pero no por eso Sporum se llamó a engaño.

—¿Qué desea usted?

—¿El señor Max Sporum?

—No está en casa. ¿Qué desea?

—Acaso es el cobrador del gas?

—No, señor, no soy el cobrador del gas ni vengo a cobrar nada. Soy el presidente de la "Compañía de Carne Congelada, S. A."

—Detesto la carne congelada. Por nada del mundo me decidiría a adoptarla. Su ofrecimiento, por lo tanto, es completamente innecesario.

—No vengo a ofrecerle carne congelada, sino a hablarle de un asunto que tal vez pueda interesarle.

El abogado abrió entonces la puerta invitando a entrar al desconocido.

—Permítame que me presente yo mismo. Es decir, que le repita lo que le dije un momento antes. Soy el Presidente de la Compañía Sud

Americana de Carne Congelada, y...

—Honradísimo en conocerle, señor, pero sigo insistiendo en que la carne congelada no me gusta y...

—Le repito a usted que no he venido a ofrecerle carne de ninguna clase. He venido en busca del señor Max Sporum, abogado, y a pesar de que lo que usted acaba de decirme, tengo sospechas de que estoy hablando con él mismo. Si así no fuera le recomendaría que despidiese a su criado por mal educado y...

—Su clarividencia le honra, señor. Efectivamente, no puedo despedirme a mí mismo, porque como usted ya adivinado, soy el doctor Sporum en persona.

—Si no fuera porque el éxito de mi vida se debe a mi obstinación inquebrantable ahora mismo me marcharía sin hacerle mi ofrecimiento, pero, en fin, puesto que ya estoy aquí... ¿Tiene usted la bondad de conducirme a su despacho? ¿O es que acaso no tiene usted despacho?

El dignísimo hombre de leyes miró ofendidísimo al impertinente visitante.

—¿Dónde cree usted que recibo a mis clientes? ¿En el cuarto de baño? —exclamó con desprecio.

—No me sorprendería demasiado—repuso Konrad imperturbable.

—Y ahora vamos al grano. He veni-

do a nombrarle a usted consejero jurídico en Europa de "La Compañía de la Carne Congelada, S. A." ¿Qué le parece este ofrecimiento?

—Me parece que me ha tomado usted por un chiquillo.

—Nadie podría tomarle a usted por un chiquillo con esta barba, señor Sporum, se lo aseguro.

—No he obtenido brillantemente mi título de abogado, ni he ejercido mi carrera sujetándome a los principios de equidad y honradez más estrictos, ni...

—¿Va a contarme usted la historia de su vida? —inquirió Konrad con impaciencia.

—No, señor. Sólo pretendo demostrarle que si pretende usted hacerme aceptar un cargo incompatible con mi dignidad y mis principios, puede usted ahorrarse la molestia de continuar hablando.

—Señor Sporum, mucho me temo que usted, a igual que todas las personas de conducta rectilínea, tiene una honradez excesivamente quisquillosa. No vengo a proponerle ningún chanchullo, ni ninguna cosa deshonrosa. Precisamente lo que yo busco es un abogado honrado.

—¿Pretende usted hacerme creer que todo un señor presidente de una sociedad tan importante como la suya, iría a buscar a un abogadillo sin pleitos, pobre y desconocido co-

mo yo—ya ve usted que la vanidad no me ciega — para ofrecerle un puesto tan delicado si...?

—Señor Sporum, empiezo a comprender que tiene usted la cabeza mucho más dura de lo que supuse en un principio, pero en fin, yo me he propuesto hacerle aceptar este puesto y no me marcharé de aquí sin haberlo conseguido.

—Y yo le repito que no quiero nada que no esté conforme con los principios más elementales de la ética ni de la...

—Y yo le repito también, que ni la ética, ni la honradez, ni su dignidad tienen nada que perder en este asunto. Busco a un abogado honrado, a un hombre inteligente, insobornable, ético, en una palabra, puesto que usted parece tan enamorado de ella...

—¿Y quién le ha recomendado a usted mi humilde persona?

—No importa ahora. Sepa usted que conozco todos los pormenores de un asunto que usted condujo tan brillantemente.

—¿El asunto Begony?

—Sí, el asunto Begony.

—¡Pero, si lo perdí!

—Bueno, que perdió usted tan brillantemente. Hay derrotas más honrosas que una victoria. Vale más perder un caso inteligentemente, que ganarlo estúpidamente.

—Esto es cierto — repuso Sporum, que ya empezaba a reconciliarse con el recién llegado. — Entonces, ¿puedo fiarme de sus ofrecimientos?

—Señor Sporum, es usted ahora el consejero jurídico de "La Compañía de la Carne Congelada, S. A.", con un sueldo anual de ciento a ciento cincuenta mil coronas. ¿Le parece bien?

—¿Ciento cincuenta mil coronas anuales? — inquirió el abogado pálidociendo intensamente.

—Exacto. Y ahora, como soy un hombre de acción y no me gusta andar con titubeos, aquí tiene usted un contrato para que lo firme inmediatamente. Aquí, junto a esta crucerita.

Sporum obedeció. Con mano temblorosa cogió el papel que le tendía el que en adelante debería considerar como su presidente y protector y firmó el documento. Estaba tan emocionado que apenas si acertaba con la firma.

—Y ahora, señor Sporum, tome usted estas diez mil coronas en concepto de adelanto. Como tendrá que hacer usted un recorrido de inspección por nuestras agencias de provincias, lo mejor que puede hacer usted es comprarse un coche; también quisiera que cambiase usted el mobiliario de este despacho. En-

tretanto, puede ir buscándose un piso más elegante y céntrico.

—Sí, señor, sí, señor —iba repitiendo el pobre Sporum hecho un puro caramelito. Toda su agresividad de unos momentos antes, cuando creyó que el recién llegado intentaba sobornarlo, se había vuelto ahora sumisión y amabilidad.

—Y sobre todo no se olvide de compartir su buena suerte con... los suyos, señor Sporum — dijo Konrad intencionadamente.

—Con los míos?

—Sí, señor, con los suyos, con su familia. Un buen abrigo de armiño, por ejemplo, y alguna joya...

—¿Un abrigo de armiño? ¿Una joya? — repitió Sporum como un doctrino. No podía dar crédito a lo que oía.

—Sí, señor Sporum. Mi lema es: "No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy". Y ahora, mi querido abogado, he tenido sumo gusto en conocerle. Ha sido un honor para mí...

—El honrado he sido yo, señor Konrad.

—Los dos somos honrados, señor Sporum, pero en este caso usted me ha honrado aceptando un puesto honrado de una persona honrada y, en fin, ya nos entendemos. ¡Adiós y hasta muy pronto! Le llamaré

por teléfono esta tarde a las tres para darle órdenes.

Salió el digno presidente de "La Compañía de la Carne Congelada, S. A." y Sporum se quedó pellizcándose para convencerse de que no estaba soñando. Miró a la puerta por la que acababa de salir su protector misterioso, miró los billetes de Banco que éste había depositado en su mano y otra vez la terrible sospecha volvió a atormentarle. ¿No sería aquello una añagaza para hacerle abdicar de sus principios de ética? ¿No estarían intentando comprar su honorabilidad por un puñado de billetes? Pero el recuerdo del rostro franco de Konrad, sus repetidas protestas de honradez y su campañanía simpática desvanecieron sus sospechas. Y el señor Sporum se acarició la barbilla complacido. Por fin alcanzaba el premio merecido por su espíritu de rectitud acrisolada. Sus antepasados, los Sporum, cuya honradez intachable nunca fué manchada ni siquiera con la inmunda baba de la calumnia, debieron estremecerse de placer en sus tumbas. Uno de sus herederos más preclaros acababa de romper el cerco de hambre con que el mundo ingrato había intentado aprisionarlos.

Salió Konrad y en la puerta de la

casa se encontró con Luisa que le estaba esperando.

—¿Le vió usted? — inquirió la joven ansiosamente. — ¿Le vió usted? ¿Han llegado a un acuerdo? ¿Le ha sido simpático? ¿Le ha parecido guapo?

—Acompáñeme y le contaré — repuso Konrad expeditivo cogiéndola por el brazo.

El que hubiese entrado en aquel momento en el despacho de Max Sporum se habría sorprendido mucho viéndole pasear arriba y abajo de la habitación, hablando consigo mismo:

—Hay que comprar mobiliario, mucho mobiliario. Un abrigo de arniño, joyas. ¿Por quién me habrá tomado este hombre? Lo primero que haré, por de pronto, será comprarme un afilador de lápices. Sí, señor, un afilador de lápices. Soy yo un hombre de gustos muy morigerados. ¿Qué es esto? ¡Estoy hablando solo! ¿Estaré loco? Loco no, pero tal vez un poquitín trastornado.

Y entretanto, su supuesta esposa, oía sorprendida la descripción que Konrad hacía de un marido al que no había visto nunca.

—Ahora comprendo que usted haya intentado buscar distracción en alguna parte fuera de su hogar, mi querida Luisita. Su marido me

parece más aburrido que un funeral de tercera clase. Y luego, aquella barba. ¡Aquella barba!

—¿Barba? — inquirió Luisa aterrada.

—Sí, señora, barba. No irá usted a hacerme creer que no recuerda ahora que su marido lleva barba. No me cabe duda de que es más viejo que yo. ¡Si se parece a un tío mío que vive en Buenos Aires!... ¿Qué edad tiene ahora?

—Pues verá — evadió Luisa. — No lo sé a ciencia cierta. En este sentido su coquetería es casi feme-

nina. No ha querido decirme nunca su verdadera edad. ¿Cuántos años le haría usted?

—No sé, no sé. Pero es más viejo que yo. De esto estoy seguro.

—¿Más viejo que usted? ¡Oh! No, no puede ser. Pero, en fin, dejemos eso. No le habrá usted hablado de mí, ¿verdad?

—Ni una palabra. Y él tampoco. Sólo indirectamente he aludido al abrigo de arniño. Le he dado diez mil marcos adelantados. Si no le regala algo es que es un tacaño...

CAPITULO V

Al día siguiente, a las diez de la mañana, Luisa, que no había podido dormir en toda la noche, pensando en las barbas de su marido y en todo lo malo que de él había dicho Konrad, decidió salir de dudas y como lo mejor para salir de dudas era ver personalmente al abogado y tener ocasión de cerciorarse por sus propios ojos de si se parecía o no al retrato que de él había hecho su desinteresado protector, fué a apostarse a la puerta de su casa, en espera de que el objeto de sus insomnios entrase o saliese de ella.

Dos hombres barbudos entraron y salieron sucesivamente y a las

preguntas ansiosas de la joven respondieron invariablemente que no eran ellos el señor Sporum y que el señor Sporum habitaba en el piso tercero segunda de la casa.

Subió Luisa. Iba dispuesta a no marcharse de allí sin haber visto lo que quería. En la escalera se tropezó con dos hombres que bajaban un mobiliario viejo y ajado. La puerta del piso estaba abierta y Luisa, al mirar hacia adentro, pudo comprobar que en el hall de entrada no había nadie. Se coló dentro, fué avanzando cautelosamente. Por lo visto el abogado había decidido acatar los deseos de su presidente cam-

biendo el mobiliario. Se volvió rápidamente al oír una voz de niño que la llamaba desde la puerta de entrada.

—¡Eh, muchacha!

Luisa fué a su encuentro. El chiquillo le entregó un paquete y al mismo tiempo que le alargaba una libreta, le dijo:

—Firme usted aquí.

—Pero...

—¡Firme usted aquí, por Dios, que llevo mucha prisa!

Luisa obedeció. Firmó con su letrita correcta y picuda: Luisa Gingebusher, y entonces el muchacho, sin darle tiempo de explicarse, cerró la libreta y echó a correr escaleras abajo, silbando un aire de opereta y dejándola con el paquete en la mano.

Y precisamente en aquel momento salió Sporum de su despacho recién amueblado, se dirigió resueltamente al encuentro de la joven, le tomó el paquete y abriéndolo rápidamente puso frente a sus asombados ojos un bonito afilador de lápices, diciéndole con aire complacido:

—¡Por fin ha llegado! Lo esperaba con impaciencia! Empezaba a temer que se hubiese olvidado de traerlo. ¿Sabe usted lo que representaba haber estado deseando algo toda su vida y de pronto ver que

el objeto deseado está en sus manos?

Luisa miró el afilador y miró al hombre que le había cogido el paquete de las manos, miró su barba... y ya no tuvo la menor duda. ¡Era el hombre que buscaba!

—¡Usted, usted! — balbuceó emocionada.

—¿Está usted segura de que es el mejor que tenían en la tienda?

—inquirió entonces su "marido".

—No sé—repuso ella indecisa.

—Entonces, ¿por qué lo ha traído usted?

—No lo he traído yo—aclaró entonces la joven—. He entrado aquí y un muchacho que, por lo visto, tenía mucha prisa, me ha entregado este paquete, marchándose en seguida, sin darme tiempo de explicarle.

—Entonces, perdóneme usted, señorita. La había tomado por una empleada de la casa donde compré el afilador. De todos modos, si quiere usted entrar en mi despacho lo probaremos juntos.

Luisa sonrió y por toda respuesta siguió al barbudo joven a su despacho. Este sujetó el afilador en su mesa, metió en él un lápiz despuntado, hizo funcionar la manivela y al cabo de un instante sacó el lápiz con una punta más afilada que la de un estilete.

—¡Magnífico!—ponderó—. ¡Fíjese usted qué punta tan afilada! ¿Ve usted? Cuando el depósito está lleno de virutas se oprime esto, se se saca y se vacía. ¡Oh! Perdone usted otra vez, señorita. ¡Estoy tan atolondrado que ni siquiera se me ha ocurrido preguntarle a qué ha venido!

—¿Es usted el señor Max Sporum, verdad?

—Sí, sí, señorita. ¿En qué puedo servirla?

—Me llamo Luisa Gingebusher y he venido a conocerle.

—A conocerme?

—Sí; deseaba ver qué aspecto tenía usted.

Acaso por primera vez en su vida el honrado señor Sporum se sintió dulcemente halagado.

—¿Y qué aspecto tengo?—inquirió tímidamente, mirando a la joven con sus ojos pequeños y vivos.

—¡Horrible!—no pudo abstenerse de contestar Luisa con aquella admirable franqueza que le habían enseñado en el orfelinato.

—¡Horrible! — aceptó Sporum resignado—. Tal vez tenga usted razón, señorita, pero la opinión de una desconocida, por muy gentil y bonita que sea, no puede hacer mella en mi ánimo. ¿Sabe usted con quién está hablando? Pues nada menos que con el consejero jurídico

de la "Compañía de la Carne Congelada, S. A."

—¿Y es por esa razón que está usted tan contento? Creí que era por el afilador de lápices.

—¿Contento, dice usted? Estoy loco de júbilo, estupefacto, transfigurado, me siento el hombre más dichoso del mundo. Pero, ¿por qué me mira usted de esta manera, señorita? ¿Es cierto que aparezco tan horrible a sus ojos?

—No, no—repuso ésta sonriendo—. Ya empiezo a habituarme.

—¿Y quiere usted saber por qué estoy tan contento? Pues porque por fin veo mi honradez premiada. Durante cinco años he estado muriéndome de hambre en este rincón de mundo, con todo mi talento, con toda mi integridad, con toda mi honradez, esperando a los clientes de mi bufete que nunca venían. Sólo de tarde en tarde llamaba a la puerta alguna persona, y cuando, loco de alegría, iba a abrirla, era para encontrarme con el rostro adusto de algún acreedor que venía a cobrar una cuenta atrasada. Un día era el procurador de la casa que me amenazaba con poner mis muebles en medio de la calle, otro día el empleado de la Compañía de electricidad que me amenazaba con dejarme a oscuras si no pagaba, otro día el del teléfono venía a

llevarse el aparato después de haberme cortado la comunicación. Y todo eso, ¿por qué? Pues porque he sido siempre un abogado honrado, como lo fué mi padre, como lo fué mi abuelo, como lo fueron todos mis antepasados, desde el tiempo de María Teresa de Austria. Y cuando empezaba a pensar que en el mundo actual la honradez es un estorbo para salir adelante y la ética un lastre, cuando empezaba a vacilar, cuando empezaba a pensar en la conveniencia de... en fin, usted ya me entiende, la fortuna llama a mis puertas en forma de un hombre amable, generoso, que después de ofrecerme un puesto admirable y dinero en abundancia, me dice que ha venido a mí, porque iba en busca de un abogado honrado, ¡honrado! Y ahora, señorita, permítame que le ofrezca mis humildes servicios. Me ha sido usted muy simpática y no sé por qué me parece que ha venido usted aquí en calidad de cliente para consultarme algo. Pues bien. Yo estoy dispuesto a servirle en todo lo que necesite como abogado, sin cobrarle nada, absolutamente nada. ¡No, no, no me lo agradezca! Es para mí una satisfacción poder hacer algo para el próximo... y...

Se detuvo, escuchó atentamente y

empezó a husmear el aire como un perdiduero.

—¿Qué es eso?—inquirió Luisa extrañada.

—¡El café, el café!—gritó Max Sporum corriendo a la cocina.

Unos minutos después estaba de regreso, dispuesto a reanudar el hilo de la conversación interrumpido para ir a sacar el café del fogón.

Mientras él hablaba Luisa le contempló atentamente. Empezaba a descubrir en aquel rostro barbudo atractivos insospechados. Es cierto que tenía los ojos chiquitos, pero negros y brillantes. La nariz correcta, los dientes blancos y ¡oh, prodigo! un maravilloso hoyuelo en cada mejilla. Tenía además, un tipo alto y arrogante, una voz dulce y persuasiva y sobre todo, por encima de todo, una simpatía arrebatadora. Todas estas cualidades juntas, bien valían una barba. Si al menos pudiera convencerle de que se afeitase... Además, era joven. En este punto, como en otros muchos, Konrad había mentido descaradamente.

—Necesito una refrigeradora—siguió diciendo el joven—. Una refrigeradora eléctrica y también un automóvil. Esto del automóvil me lo ha indicado el mismo presidente. Lo que no comprendo es por qué me ha hablado del abrigo de armiño.

—Tal vez lo dijo pensando en su mujer—insinuó Luisa tímidamente.

—¿Es usted casado?

—No—repuso Max sin fijarse en el suspiro de alivio que se escapó del pecho de su visitante—. No, afortunadamente.

—¿Y de qué color piensa usted comprarse el coche?—inquirió entonces la joven, cuyos ojos habían adquirido un brillo desusado.

—Había pensado en comprarlo negro. ¿Qué le parece?

—¡Negro! ¡Oh, no! Le tomarían a usted por un representante de una casa de pompas fúnebres. Yo me lo compraría rosado. Si yo tuviera que comprarlo no lo compraría negro... ni tampoco llevaría esta barba—terminó la joven sonriendo y un poco asustada de su audacia—. Un hombre con barba parece un traidor de películas. Sí, un traidor como el que vi la noche pasada en un film y que tuvo la culpa de que sucediese algo muy malo en una noche de luna.

Sporum la miró severamente. Aquella alusión que acababa de hacer a su querida barba y el hecho de querer asociar aquel adorno a un traidor de película, no le había hecho ninguna gracia. Se quedó muy serio y dijo fríamente:

—Hablemos de su asunto, señora.

rita. ¿Qué es lo que quería usted consultarme?

—Quería consultarle acerca de una muchacha que dijo ser casada sin serlo, y al verse en la necesidad de decir el nombre del marido dió un nombre escogido al azar en el listín de teléfonos. ¿Hay algo malo en ello? ¿Hizo algo que pueda ser castigado?

—Jurídicamente no. Mientras no vaya más allá su broma. ¿No intentó aprovecharse de algo bajo su nombre supuesto, ni...?

—¡Oh, no, nada, nada!

—Entonces nada tiene que temer—repuso Sporum mirándola socarronamente.

Por la actitud turbada de la joven acababa de comprender que era ella la presunta culpable.

—Ahora bien, si yo llevase el apellido Gingebusch, por nada del mundo me permitiría asumir ningún otro—terminó burlonamente.

Al oír aquellas palabras Luisa se revolvió furiosilla.

—Y si yo llevase una barba como la suya, no me permitiría burlarme de ninguna persona que llevase mi apellido—repuso intencionadamente.

Sporum soltó una carcajada.

—Muy bien contestado, joven. Es usted una chica listísima.

Se sorprendió al ver que Luisa le estaba mirando fijamente.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Es que vuelve usted a encontrarme horrible?

Se acarició la barba. Aquello era precisamente el motivo de la preocupación de la joven.

—¡Oh, si pudiera convencerle a usted de que se quitase esta horrible barba!

—Nunca—repuso Sporum inflexible.

—Entonces, no puede usted comprarse el auto negro. Con esta barba y con un coche tan fúnebre asustaría usted a toda la chiquillería que encontrase por el camino.

—¡Es usted una niña terrible!

—Acepto su opinión. Y ahora, vamos a adquirir este auto negro que usted desea...

—¡No, no!—rechazó Sporum rápidamente—. No quiero hacer nada sin que hayan pasado antes algunos días. Imagínese que a ese señor Konrad se le antojase cambiar de idea y...

—Pero, ¿no han firmado ustedes un contrato?

—Sí, pero... En fin, que no quiero comprarlo. No quiero comprometerme prematuramente. Vamos, si usted quiere, a ver todos los escaparates de automóviles que se exhiben en la ciudad, pero solamente a

verlos... Queda entendido que por ningún concepto, ni bajo ningún pretexto me hará entrar en ninguna casa, ni mucho menos adquirir ningún coche rosa, verde, negro, o del color que sea, ¿prometido?

—Prometido —repuso Luisa solemnemente.

Pero media hora después, el doctor Sporum había comprado el coche, del color, forma y número de cilindros que Luisa deseaba y a las insinuaciones de la joven, que sentada a su lado en el coche recién adquirido trataba de convencerle de que se desprendiese de su barba, respondía solemne y obstinadamente:

—Es inútil todo lo que diga en este sentido, mi querida y joven amiga. Estaría usted rogándome por espacio de diez años que me afeitara esta barba que adorna mi rostro, sin lograr lo que se propone. Es inútil, inútil e inútil.

Y una hora después, sentado en la silla del peluquero, con un espejo en la mano y una expresión de infinita tristeza en su rostro, el insigne abogado y delegado jurídico de la "Compañía de la Carne Congelada, S. A.", daba su último y definitivo adiós a su querida barba, disponiéndose a hacer el supremo sacrificio de su adorno, en aras del capricho de una mujercita. Las ti-

jas implacables del peluquero iban a entrar a saqueo en su barba.

El barbero, que por cierto también adornaba su rostro con una magnífica barba, parecía desolado, tratando de disuadirle de que lo hiciera.

—Es un crimen afeitar una barba tan estupenda. Un verdadero crimen.

—Gracias. También la suya es hermosa, pero mi decisión es inquebrantable. Corte usted, corte usted sin piedad. ¡Abajo la barba!

Luisa esperaba a la víctima en la parte de afuera de la peluquería. Cansada de esperar se metió en una tienda contigua, de objetos de señora y empezó a curiosear por todos lados. Encima del mostrador había una piel blanca, imitando un renard con tan poca fortuna, que estaba declarando a gritos su procedencia conejil. Pero Luisa, que en su vida había visto un renard verdadero lo tomó como tal y cogiéndolo con sus manos temblorosas empezó a acariciar la piel dulcemente, para acabar poniéndosela. En aquel momento vió entrar en la tienda un hombre joven, guapo, pero con cara compungida que se acercó a ella y la saludó tristemente. Luisa no le reconoció al momento y ordenó fríamente:

—Caballero, tenga la bondad. No creo tener el gusto de conocerle. Debe haberse equivocado.

—La que se ha equivocado ha sido usted, señorita Gingebusher. Mire usted, mire usted lo que ha hecho. Contemple su obra.

Luisa soltó un grito. Aquel joven guapo era Max Sporum en persona.

—¡Usted!—exclamó sorprendidísima. No se atrevía a dar crédito a lo que veían sus ojos.

—Sí, soy yo, es decir, lo poco que de mí queda. Tiene usted delante de sus ojos un hombre que en adelante tendrá que afeitarse diariamente. Un hombre que perderá unos minutos diarios de su tiempo precioso en pasarse la navaja por sus mejillas. Una barba que me abrigaba en invierno, que me confería dignidad, que me solucionaba el problema de la inactividad de mis manos cuando no sabía qué hacer con ellas.

—Pero si está usted guapísimo, señor Sporum! Le digo esto con la misma sinceridad que le dije hace unas semanas que estaba horrible.

—¡Guapísimo! ¿Y qué me importa a mí estar guapísimo? Ahora ya no parezco un abogado, un hombre serio como era, como he sido siempre... No podré acostumbrarme, no podré...

Interrumpió sus lamentaciones para fijarse en la piel que Luisa llevaba puesta.

—¿Qué es eso? — inquirió sorprendido.

—Es una piel de zorro — repuso Luisa muy convencida.

Iba a quitársela para dejarla de nuevo en el mostrador, pero Max se opuso terminantemente.

—¡Oh, no, no! No se la quite. Le sienta a usted maravillosamente. Y en prueba de que no le guardo rencor por lo de la barba, le ruego que la acepte como regalo.

—Pero yo no sé si debo...

—Sí, debe usted, Luisa, sí debe... De lo contrario me hará usted muy desgraciado. Creería que no tiene usted confianza en mí y esto me apenaría mucho. Hace apenas unas horas que nos conocemos y me parece que hace ya un siglo. Usted y yo estábamos destinados a encontrarnos. A que usted me hiciera afeitar la barba y a que yo pudiera regalarla esta piel que le sienta tan maravillosamente. Yo he accedido a lo primero, acceda usted a lo segundo.

Luisa aceptó. Al fin y al cabo se estaba muriendo de deseos de aceptar. No sólo por el placer de tener la piel, sino por el gusto de que él se la regalase. En menos de dos horas todas las recomendaciones de la

excelente señora Schultz habían sido echadas al olvido. Max Sporum, con barba o sin ella le parecía la personificación del príncipe del cuento de hadas con el que había estado soñando desde pequeña.

Sporum pagó el renard, que le pareció baratísimo, y convencidos los dos de que la piel aquella era de zorro legítimo, salieron satisfechos de la tienda diciéndose el uno al otro que acababan de hacer una compra excelente. Ni él ni ella sabían lo que era una piel verdadera.

El joven miró a Luisa y vió, sorprendidísimo, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué es eso, Luisa? — inquirió apenado—. ¿Por qué llora usted?

—No es nada — repuso ella con voz velada—. Como es la primera vez que me hacen un regalo, usted sabe... Pues...

—¿La primera vez? ¿No le han regalado nunca nada?

—Nunca — repuso Luisa lloriqueando de nuevo—. Cuando una es huérfana y está en un asilo...

—¿Huérfana? ¿Asilo? ¡Luisa, Luisita! — exclamó el infeliz Sporum a punto de echarse a llorar también. Desde que se había quedado sin barba se sentía todavía más sentimental.

—Es muy triste ser huérfana, es

muy triste no tener a nadie que la quiera a una, ser un estorbo para la sociedad... Eso es lo que yo he sido siempre, y ahora, ahora...

—Ahora, ¿qué? — inquirió Sporum.

—Ahora tengo que irme a trabajar — terminó la joven cortando por lo sano. Acababa de recordar de pronto las recomendaciones de la señora Schultz y empezaba a sentir miedo nuevamente. Antes de tener que decirle también a Max Sporum que estaba casada prefería despedirse.

—Dígame dónde trabaja e iré a buscarla a la salida — insinuó Sporum ansiosamente. Olvidado el triste incidente de la barba el joven sólo tenía ojos para mirar a su gentil compañera y pensamiento para pensar en ella.

—Hoy no podré salir con usted porque estoy invitada a cenar con un caballero en su hotel... —insinuó Luisa ingenuamente.

Se detuvo sorprendida al ver la expresión de enojo que se pintó en el semblante del joven.

—¿Acaso hago mal? — inquirió.

Silencio absoluto por parte de su acompañante, que se limitó a acentuar su expresión de enojo.

—Es el señor al que dije que era casada — intentó aclarar, pero se detuvo al ver que el rostro del jo-

ven se había obscurecido todavía más y le decía con desprecio infinito:

—Empieza usted bien, para ser tan jovencita. En fin, siento haberme equivocado Una desilusión más ¿qué importa? Ahora, más que nunca, siento haber dado oídos a sus insinuaciones quitándome la barba. ¡Adiós, señorita Gingebusch, que se divierta mucho!

No dijo más; saludó ceremoniosamente a aquella mujercita a la que un minuto antes se habría comido a besos de buena gana y la dejó plantada.

Luisa volvió desolada al Palacio de Ensueño. La súbita despedida de Max Sporum y su incomprensible enojo habían llenado su corazón de tristeza. ¡Había creído encontrar el príncipe de los cuentos, y he aquí que se le había convertido de pronto en un hombre mal educado e impertinente! Las lágrimas asomaron a los ojos de Luisa y, cuando llegó la noche, Mitzi, la esposa adúltera, apareció de nuevo ante la pantalla para lamentar con acentos desgarradores su paseo a la luz de la luna y suplicar el perdón del marido ofendido con la misma obstinación de la noche anterior. Luisa sumó su llanto al de la infeliz mujer y lloró tanto que

sus compañeras tuvieron que sacarla del local medio accidentada.

Al salir del cine, cumplido su cometido, se vió sorprendida por la presencia de Adalberto, en persona, que la estaba esperando. Verla y echarse sobre ella como una fiera, arrebatarándole la piel que Sporum le había regalado aquella tarde inolvidable, fué cosa de un instante.

—¿Quén le dió esta piel? — inquirió chillando como un energúmeno.

Luisa le miró indignada. ¡Cuánta razón tenía la señora Schultz al abominar los hombres! Todos, todos eran lo mismo. ¡Locos, egoístas, crueles! ¿Por qué le arrebataba la piel, aquella piel que ella guardaría como oro en paño a pesar de todo, a pesar de la crueldad con que el hombre que se la regalara la había tratado?

—¿Y a usted qué le importa? — repuso con malos modos arrebatarándole de nuevo la piel y colocándosela sobre sus hombros.

—¿A dónde va usted?

—Tengo una cita.

—¿Con quién?

—No es asunto suyo.

—¿Con el viejo verde de antanotte, tal vez? No se lo permitiré, ¿lo oye usted? No permitiré que una muchacha tan joven e inexperta caiga en manos de un...

—Tengo que ir, Adalberto —atajó entonces Luisa cambiando de actitud y adoptando un tono solemne—. Es por él, ¿comprende usted? ¡Por él! Max cree que es un premio de honradez y sería cruel desilusionarlo. Tengo que ir con Konrad y arrancarle la promesa de que seguirá protegiéndolo. Aunque él no me quiera, aunque me desprecie, no importa. ¡Yo le amo, le amo! Adalberto, acabo de abrirle mi corazón aunque no sé por qué lo he hecho, ya que es usted tan odioso como el otro. ¡Adiós! No intente detenerme.

Al decir que no intentase detenerla, Luisa ignoraba con quién estaba tratando. La obstinación del camarero era tan grande, por lo menos, como su deseo de favorecer al ingrato Max Sporum.

—¿Ha estado usted bebiendo otra vez? — inquirió cruelmente intentando detenerla—. Le prohíbo, ¿lo oye usted? Le prohíbo terminantemente ir al hotel, ni siquiera pasar por la calle.

—Pues iré, iré, iré, aunque usted me lo prohiba. ¿Quién es usted para prohibirme nada, vamos a ver?

—Pero no comprende que si va usted allí va a sucederle algo... algo... en fin, usted ya me entiende?

Pero Luisa no entendía. ¿Qué

podía entender ella que hasta entonces había vivido en un mundo de cuento de hadas?

En aquel momento un auto majestuoso llegó a la puerta del teatro y se detuvo. Era el coche de Konrad que venía en busca de la joven. Luisa se precipitó dentro del coche. Adalberto intentó detenerla. Lucharon y el público tuvo ocasión de presenciar un divertido espectáculo ofrecido por aquella pareja; él enarbolando un paraguas y chillando como un energúmeno, y ella, defendiéndose con uñas y dientes hasta que logró desasirse de los brazos que la aprisionaban y dar una orden al chofer, que partió velozmente, dejando al camarero solo y burlado en medio de la calle.

—¿Quiere usted hacer el favor de pararse en algún sitio donde pueda telefonear? —pidió Luisa al chofer de Konrad, que había ido a buscarla en el coche.

Un minuto después, en un teléfono público, las manos temblorosas de Luisa cogían el auricular y marcaban el número del príncipe encantador, que en aquel caso particular se llamaba Max Sporum.

—¿El señor Sporum? ¡Ah, es usted mismo! ¡Qué dicha tan grande oír de nuevo su voz!

—¿Es usted, Luisa? —repuso el

príncipe—. ¡Luisita! Quiero decirle que...

—¿Que ya no está usted enojado conmigo? ¡Oh, qué feliz soy, qué feliz soy!

—Nunca he estado enojado con usted, Luisa. Aquello fué un momento de ceguera. Al volver en mí y darme cuenta de lo que había hecho, me puse furioso contra mí mismo. Luego, cuando recordé que usted no me había dicho dónde trabajaba, ni me había dado su dirección, pensé que tal vez no volvería a verla y... Dígame, Luisa, ¿me perdonas?

—No tengo nada que perdonarle, Max. Es por eso que le he llamado. Quiero decirle también que sólo deseo su felicidad. Quiero que sea rico, muy rico, que su honradez se vea premiada como se merece... Me parece verle ahora con su afilador de lápices... y sin barba... Es usted un chiquillo, sí, un chiquillo...

Luisa hubo de hacer una corta pausa. Estaba llorando a lágrima viva, y los sollozos le impedían hablar. Sporum, al otro extremo del teléfono, se alarmó al oírla.

—Luisa, Luisa, ¿está usted llorando? ¡Luisa! ¡Mi niña querida! ¡No quiero que llore! ¡No quiero que eche a perder sus lindos ojos con el llanto! Luisa, contésteme.

Dígame otra vez que me perdonas, que no está enojada conmigo, que...

Oyó la voz velada de la gentil muchacha que le decía:

—Max, voy a pedirle una cosa, una cosa un poco inocente. Tal vez le parezca una tontería, pero prométame que lo hará usted.

—Se lo prometo—repuso Max, solemnemente.

—Pues bien, cuando yo haya colgado el teléfono, piense usted en mí durante cinco minutos, cinco minutos, tan sólo, como si fuese mi enamorado...

Y antes de que el joven hubiese tenido tiempo de contestarle, ya había colgado el aparato.

Quien hubiese visto aquella noche al honorable Presidente de la "Compañía de la Carne Congelada, S. A.", quien hubiese podido penetrar en el suntuoso cuarto que ocupaba en el hotel, y le hubiese sorprendido acicalándose ante el espejo, mirando nerviosamente el reloj, paseando arriba y abajo de la habitación, sentándose un momento para volver a levantarse en seguida como movido por un resorte, hablando en voz alta, y haciendo una multitud de cosas dignas de un adolescente en su primera cita

de amor, se habría reído seguramente de un hombre que en la esfera de los negocios ocupaba un cargo tan elevado.

Así era, en efecto. El bueno de Konrad, con sus cabellos grises, con sus patas de gallo, con sus ataques periódicos de gota que tanto le atormentaban, era el hombre más ingenuo y más infantil de la tierra. Tenía un corazón tan sensible como el de un muchacho de veinte años, y su larga experiencia de hombre rico y aficionado a las faldas, no había logrado malearlo convirtiéndolo en un escéptico. Se había dejado desplumar sucesivamente por una artista de cine, por dos cantantes de cabaret, por una acróbata que hacía equilibrios en la cuerda floja, y por dos vice-típles, por no hablar más que de sus amores en la esfera del arte, ya que, en la de la burguesía y del gran mundo, se había constituido también en el protector más o menos desinteresado de todas las mujeres que deseaban una capa de arañeo o una joya que su marido no quería o no podía proporcionarles.

Ni que decir tiene que los descalabros sufridos en su sentimentalismo y las heridas inferidas a su innata candidez y buena fe con todos esos amores y amoríos más o menos fáciles, eran incontables, ya

que el bueno de Konrad tenía la debilidad de enamorarse como un Romeo de todas y cada una de las mujeres que pasaban por sus brazos, y sólo cuando se daba cuenta de que la mayoría de ellas, mucho más que al estado de su corazón, atendían al estado de su cartera, sufría una desilusión tremenda.

Con ese hombre generoso, ingenuo, sentimental e inmensamente rico, había tropezado Luisa aquella noche del Metropol, y de no haberse interpuesto las barbas de Sporum, entre ellos, tal vez la candidez de Konrad habría encontrado eco en la candidez de Luisa, y en lugar de limitarse a ofrecerle capas de arañeo a cambio de un poco de... benevolencia, seguramente habría terminado por llevarla al altar a los sones de la Marcha Nupcial y con la iglesia adornada con profusión de flores y de luces. Pero quiso el destino que el dedo de Luisa tropezase con el nombre de Max Sporum en el listín de teléfonos, y de que Max Sporum, sin barba, fuese una reproducción exacta del príncipe encantador de sus sueños, y por eso, sólo por eso, el excelente Konrad llevaba camino de convertirse esta vez en el protector *verdaderamente* desinteresado de una mujer joven y bonita.

Hasta qué punto debería llegar

en su desinterés, no lo sabía él todavía. Por si acaso, había hecho preparar las cosas como otras veces en las que el desinterés jugaba un papel mucho menos importante. Una mesita para dos cubiertos, adornada exquisitamente, flores por todos los rincones de la habitación, una semipenumbra discreta y halagadora... En fin, toda la "mise en scène" de las circunstancias.

Llamaron a la puerta. Konrad, que se hallaba en aquel momento mirándose al espejo de encima la chimenea, se precipitó a abrirla, con tan mala fortuna que tropezó con el cordón eléctrico de una lámpara de pie que había cerca de la mesa y cayó al suelo haciendo caer también la lámpara encima de la mesa que causó un estropicio. Konrad se levantó apresuradamente. Estuvo un momento dudando entre abrir la puerta o poner un poco de orden a todo aquello y se decidió por lo último. Puso la lámpara en su sitio, recogió los platos rotos escondiéndolos, se cortó en un dedo con el borde de uno de ellos, se miró al espejo nuevamente, arregló su pelo, el nudo de la corbata que se había deshecho, y otra vez se dirigió a la puerta. Tenía el pulso alterado, el corazón le latía apresuradamente, el sudor perlaba su

frente... y el dedo sangrando por el corte que se había hecho.

No le engañaba su corazón. La persona que llamaba era Luisa Gingebusher en persona, con sus grandes ojos ingenuos, sus cabellos rubios, su modesto trajecito de chaqueta... y su horrible piel de gato, regalo del príncipe de sus sueños.

Konrad le tendió los brazos, la cogió las dos manos, la hizo entrar sin decirle nada, mirándola arrobadamente, y sólo cuando la joven hubo paseado su curiosa mirada por la habitación se atrevió a decirle:

—No haga caso del desorden. Todo estaba divinamente y, a última hora, un condenado cordón lo ha estropeado todo. ¡Yo mismo lo había arreglado pensando en usted!... Fué la emoción, la falta de costumbre... ¡Jem!... de esperar a una mujercita tan linda y tan buena como usted.

Interrumpió su discurso para mirar a la joven que le estaba contemplando con expresión ingenua.

—¿Cómo está usted?—inquirió sin saber qué decir.

—Bien, ¿y usted?

—Bien, con un corte en un dedo, pero bien... ¿Y su marido?

—Bien.

—¿Bien?

—Sí, bien.

—¡Ah!

Una larga pausa, luego, Luisa continuó:

—Max ha obedecido sus órdenes. Se ha comprado un coche nuevo, ha renovado los muebles de su despacho, se ha comprado un traje... y se ha afeitado la barba.

—¿Se ha afeitado la barba?

—Sí.

—¡Ah!

Otra pausa un poco más larga. Los ojos de Konrad, que seguían fijos en el rostro candoroso y lindo de Luisa, se desviaron un poco para fijarse en la piel que cubría su espalda.

—¿Qué es eso?—inquirió, arrebátandosela y mirándola por todos lados.

Luisa sonrió, satisfecha:

—Es un “renard”, una piel de zorro legítimo—aclaró por si acaso Konrad no supiera el significado de aquella palabra.

—¿Una piel de zorro... eso?—oyó que respondía su compañero, mirando la piel con infinito desprecio y haciendo un gesto de asco.

—¿Qué pasa? ¿No le parece a usted elegante?—inquirió un poco picada.

—¿Elegante, ese pellejo indecente? ¡Conque él se compra automóvil, trajes, ropa interior y le da

a usted eso!... Una indecente piel de gato.

—¡Pues a mí me encanta! ¡La encuentro preciosa! ¡No sé porqué tiene usted que decir que es piel de gato! ¿Qué entiende usted de eso?

—¿Qué entiendo yo de eso?

¡Más que usted, mucho más que usted, sin duda alguna! ¡Se necesita tupé para hacerle pasar gato por zorra! ¡Y por eso me he molestado yo en ir a su casa, por eso he aguantado sus impertinencias sobre la ética, por eso le he dado diez mil coronas de mi bolsillo, por eso le he ofrecido el puesto de consejero jurídico de mi compañía en Europa, para que él se compre de todo, se afeite la barba y le regale a usted una piel de gato!

La indignación del bueno de Konrad había llegado al paroxismo. Se había levantado y corría de un extremo al otro de la habitación gritando, manoteando, levantando en el aire el “renard”, estrujándolo nerviosamente. En uno de sus accesos de rabia tiró de la cola con tal fuerza que se le quedó en la mano.

Y entonces Luisa, que muerta de miedo al ver el furor del hombre no se había atrevido a decir una palabra, saltó de su asiento, corrió hacia el energúmeno, y arre-

batándole su presa gritó, casi llorando:

—¡Mire usted, mire usted lo que ha hecho usted con mi piel! ¡Con su regalo! ¡No tiene usted perdón de Dios!

Pero Konrad no la oía.

—Estoy viendo que su marido no es digno de usted—siguió gritando a más y mejor—. Es un tacaño y un ingrato, un orgulloso y un pedante. Detesto su tipo, con barba o sin barba, detesto su ética, es un hipócrita. ¡Sí, un hipócrita! Tanto presumir de honradez y seguramente a estas horas ya le ha regalado una capa de armiño a otra, mientras que a usted...

—¡Respete usted a mi esposo! —chilló Luisa, cuya indignación hacía ahora parejas con la de Konrad—. ¡Me voy! ¡Me voy! ¡No quiero oír más sandeces!

Y diciendo esto se dispuso a marcharse. Su enérgica actitud tuvo la virtud de aplacar las iras de su anfitrión, que, cambiando de táctica, la cogió suavemente por el brazo y la obligó a retroceder y sentarse en el sofá a su lado.

—Bueno, bueno, hablemos de otra cosa. No tema usted y siéntese tranquilamente. Dejemos la piel de... zorra y hablemos de nosotros. El caso es que no sé cómo empezar. Tan audaz como me sentía anoche

y ahora... No crea usted que soy ningún tenorio, ni que he labrado mi fortuna indignamente... Yo... yo...

—¿Y por qué me cuenta usted todo eso?—inquirió Luisa, que todavía no le perdonaba el ultraje inferido al regalo del amado.

—Luisa — exclamó Konrad, dándose por fin y adoptando una actitud romántica—. Luisa; la he invitado a venir aquí porque quiero decirle... quiero decirle, que la amo, sí. ¡Que la amo! ¡La adoro!... ¡La idolatró! Me vuelve usted loco, me electriza, me... me... En fin, no sé explicarme. Y ahora que he descubierto quién es su marido, ahora que he visto que no la merece me entran ganas de... de jugarle una mala pasada, ¡sí, señor! Una mala pasada. Pero no puedo, desgraciadamente, no puedo. No soy ni un tenorio, ni sé jugar con esas cosas. Luisa, yo soy el más desgraciado de los hombres. Soy un sentimental y con la cartera repleta no se puede ser sentimental sin riesgo de sufrir un descalabro. Cuando la vi a usted por vez primera me pareció, ¿cómo le diría yo?, una princesita de un cuento de hadas. ¡Sí! Una princesita capaz de quererme un poquito, un poquito... a cambio de una capa de armiño. Ahora, viendo lo contenta que está

usted con esa piel de... zorro, veo que, en fin... que tampoco esta vez he acertado y que... usted ya me entiende. Aspiro a un hogar apacible, quisiera verla a usted rodeada de hijitos, desearía hacerla mi esposa, pero como usted está casada con otro hombre y aunque este hombre sea odioso usted está enamorada de él... comprendo que mi sueño es irrealizable y por eso quiero protegerla como he protegido a su marido, desinteresadamente.

En aquel punto del largo discurso que había tenido la virtud de conmover a la enojada Luisa haciéndola llorar a lágrima viva, se abrió violentamente la puerta y apareció... ¿El presunto marido ofendido? ¿El encargado del hotel que venía a enterarse del por qué de aquel ruido de un momento antes? No, nada de eso. ¡Adalberto en persona quien, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, avanzó resueltamente, cogió a Luisa por la cintura, se la cargó al hombro como un saco sin hacer caso de sus protestas y sus pataleos y extendiendo su puño en dirección al rostro de Konrad ¡zas! le atizó un terrible puñetazo que le puso un ojo morado. Hecho lo cual salió de estampía con su carga al hombro y sin que Konrad, cegado de momento por el terrible golpe

recibido, estuviera en condiciones de seguirle.

Los chillidos de Luisa pusieron a Konrad sobre aviso. Se levantó a tientas, porque Adalberto, al salir, había tenido la precaución de apagar las luces, y saliendo del cuarto empezó a bajar las escaleras de cuatro en cuatro.

Adalberto siguió su camino. Bajó pisos, cruzó pasillos, penetró como una tromba en la cocina, derribando todo lo que se interponía a su paso y salió del hotel por la puerta de servicio, llamó a un taxi, hizo entrar a Luisa, que seguía gritando y protestando, y dando las señas de la casa de Max Sporum, se dispuso a entrar él también en el auto.

En aquel preciso momento, Konrad, que acababa de salir por la puerta principal del hotel, le descubrió y corrió hacia él gritando y accionando. Y entonces los curiosos transeúntes que pasaban en este momento por la calle y que al oír los gritos y vociferaciones de uno y otro se habían agrupado en torno a ellos, tuvieron ocasión de presenciar cómo el hercúleo Adalberto cogía a Konrad por la cintura, lo levantaba en el aire, lo tiraba al suelo y cumplido su cometido partía raudo y veloz en el taxi con su presa.

Konrad se levantó, se abrió paso

violentamente entre la gente, corrió a su coche, cuyo chofer dormitaba tranquilamente sin haberse enterado de nada y le ordenó furioso:

—Siga usted a aquel taxi. Es decir, no. Lléveme a casa del doctor Max Sporum, calle Weiss, 77. Atropelle a quien sea, pero lléveme en seguida.

El chofer de Konrad cumplió su cometido a satisfacción de su dueño y cuando Konrad llegó a casa de Sporum subió la escalera velozmente, llamó y acudió a abrirle un joven desconocido.

—¿Dónde está el señor Sporum? —inquirió—. ¿Es usted el nuevo empleado? Anúncieme en seguida, en seguida. ¿Qué hace usted ahí parado como un pasmarote?

Se quedó de una pieza al oír que el presunto empleado le decía con voz flemática:

—Yo soy el señor Sporum.
—¿Usted? ¡Ah! Ya veo. Sin barba no le habría reconocido.

—¿Qué desea usted ahora, señor Konrad? Pero ¿qué le pasa? ¿Está usted herido? ¿Ha sufrido un accidente?

—Un accidente automovilístico con un taxi. Un choque. El taxi huyó, yo he venido para decirle...

—Ya comprendo. Viene usted a consultarme como abogado. Quiere usted exigir una indemnización por

el atropello del que ha sido víctima. Pase usted a mi despacho y consultaremos el caso, que entra jurídicamente en la ley de derecho romano.

Entró en el despacho seguido de Konrad que le miraba estupefacto.

—Dígame — inquirió con suficiencia—. ¿El taxi en cuestión, pertenecía al sindicato?

—No sé si el taxi pertenecía al sindicato ni me importa. Tampoco quiero una indemnización, ni he venido a consultarle a usted como abogado. Lo único que me interesa es decirle a usted que el taxi en cuestión estaba ocupado por un vil camarero de mi hotel... y por su señora. ¡Eso es todo!

—No tiene nada de particular que el buen hombre fuese acompañado de su señora. No comprendo qué relación puede tener eso con el atropello.

—¿Es que no me ha comprendido usted? La señora no era la señora del camarero, sino... ¡la esposa de usted!

—¿Mi esposa? ¿Está usted loco? ¡Soy soltero, señor mío!

—¿Que es usted soltero, dice?

—Sí, señor, soltero y por lo tanto, que no tengo esposa alguna de quien preocuparme.

—¿De modo que es usted soltero? Y yo que le he nombrado a us-

ted... Le he dado a usted... ¡Oh, oh, oh!

—¿Qué tiene que ver mi soltería con su ofrecimiento?

—¿Qué tiene que ver? ¡Todo! ¿Lo oye? ¡Todo! En nuestra compañía no aceptamos empleados solteros. ¿No estará usted mintiéndome para eludir su responsabilidad, para...?

—¿Está usted llamándome embustero?

—No, pero...

El asunto estaba poniéndose negro, tan negro casi como el ojo de Konrad. Afortunadamente para ambos, en aquel momento llamaron a la puerta. Sporum se serenó. Hizo un ademán a Konrad recomendándole silencio y fué a abrir inmediatamente. Los recién llegados eran Luisa Gingebusher y un desconocido.

Sporum al verlos hizo un gesto de alegría y a la vez de impaciencia.

—Perdonen ustedes — dijo cortésamente—, pero ahora no puedo recibirlas. Estoy conferenciando con el presidente de la compañía. Tendré mucho gusto en recibirlas dentro de una hora. Luisa, prométame que volverá.

Se sorprendió mucho al ver que Luisa se volvía a su acompañante y le decía con enojo:

—¿Ve usted? Lo que le dije. Us-

ted, con su estúpida intervención lo ha estropeado todo.

—¿Qué es lo que ha hecho este hombre? — inquirió entonces Sporum agresivo.

Y entonces, Konrad, que había oído la voz de Luisa, hizo su aparición en el hall, con su ojo morado y su indignación sin límites.

—Conque soltero, ¿eh? ¿También ahora se atreverá a negar usted que está casado con esta joven? Es usted un embustero. ¡Un embustero! Ahora no tengo inconveniente en decírselo en pleno rostro. Todo ha concluido entre nosotros, Sporum. Negando su verdadero estado ha cometido usted una especie de fraude contra la compañía. El contrato no es válido. No le pido que me devuelva las diez mil coronas porque yo no soy tan mezquino como todo eso, pero desde hoy, olvídense de que ha sido durante cuarenta y ocho horas el consejero jurídico de la compañía de la Carne Congelada, de la que yo soy el honorable presidente.

—Pero, señor — acertó a a balbucear Sporum más muerto que vivo.

Y entonces, el poder imaginativo de Luisa, aquel poder imaginativo que le hacía describir los más maravillosos cuentos de hadas que jamás se han escrito, vino de nuevo en

su auxilio para salvar al amado en aquel momento crítico.

—Max — exclamó con tanta naturalidad como si en toda su vida no hubiese hecho otra cosa que pronunciar el nombre querido —. Max, ¿por qué le has ocultado a este caballero que estábamos casados?

El rostro de Max expresó una sorpresa indescriptible. Miró a la joven, miró al desconocido de la nariz picuda, miró al indignado Konrad, que ya se disponía a marcharse, fué a decir algo, pero se dió cuenta de que se había quedado sin habla. La sorpresa había paralizado su lengua, su brillante lengua de abogado.

Entonces le tocó el turno a Adalberto. Desde que habían llegado no había dicho esta boca es mía. Se adelantó hacia Sporum y dijo, por decir algo, nada más que por eso:

—Si usted me pregunta a mí lo que sucede...

Pero Konrad, que tenía con él resentimientos antiguos, le atajó rápidamente:

—A usted nadie le ha preguntado nada, ni nadie le ha dado vela en este entierro.

Adalberto se volvió furioso, herido en su dignidad de camarero.

—Si usted sigue hablándome en ese tono le pondré el otro ojo morado.

Otra vez intervino Luisa providencialmente para evitar que los dos hombres llegaran a las manos y Adalberto cumpliera su amenaza:

—Voy a explicarles todo lo sucedido, rogándoles de antemano nos perdonen. Señor Konrad, cuando Max y yo nos casamos, lo hicimos secretamente para evitar incurrir en las iras de tío Adalberto, que odia el matrimonio por varias razones difíciles de enumerar en este momento.

—¿Eh? — inquirió Sporum sin acabar de dar crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Eh? — rugió Adalberto cuya nariz se afiló todavía más.

—¡Ah! — exclamó Konrad exhalando un suspiro de alivio.

—Por Dios, no me interrumpan ustedes y dejen que me explique. Como ya les he dicho a ustedes nos casamos y decidimos mantener el secreto de nuestro matrimonio en tanto no pudiéramos vencer la resistencia de mi tío.

—¡Luisa! — exclamó entonces Konrad medio indignado y medio compadecido—. ¡Esta acémila, este macaco, es su tío? Permítame que le diga...

—¡Es un santo! — repuso Luisa elevando los ojos al cielo.

Pero la perspicacia de Max Sporum había llegado al fondo del

asunto. Acababa de comprender por qué mentía Luisa, por qué pretendía hacerse pasar a los ojos de Konrad como su esposa. No sabía bien lo que había sucedido entre aquel hombre maduro y aquella jovencita, pero presentía que, aun sin saberlo, él había intervenido indirectamente. Su dignidad intachable, su equidad, su ética, su honradez, su... en fin, todas las virtudes heredadas de sus antepasados se rebelaron en contra de aquel engaño del que estaban pretendiendo hacer víctima al infeliz Konrad, contra el sacrificio que seguramente representaba para la joven el mentir de aquella manera (¡qué poco conocía a las mujeres!) y erguido y altanero, mirando severamente a la joven, comisionó:

—Señorita Gingebusher, me temo que tendrá que explicarse de nuevo, dando otra versión al suceso. Usted sabe que esto que dice no es cierto y yo no puedo consentir que mienta de esta manera.

—Yo me marcho — dijo entonces Konrad mirándoles con desprecio.

—No quiero saber nada con ustedes. Estos asuntos de... familia me repugnan. Cuando hayan logrado ponerse ustedes de acuerdo respecto a si son ustedes o no marido y mujer, ya serán tan amables de comunicármelo.

—Le ruego que se quede, señor Konrad y usted también, tío Adalberto — suplicó Sporum —. La señorita Gingebusher volverá a explicarnos lo sucedido.

—¿La señorita Gingebusher? ¿Persiste usted en negar que no es la señora Sporum?

—La señora Sporum es mi madre y vive en el campo — afirmó Max rotundamente.

Y entonces, Luisa obedeció. Llorando como una Magdalena explicó todo lo sucedido desde su salida del asilo hasta aquel momento. Su encuentro con el impertinente al salir del cinematógrafo, su estratagema para librarse de él, su amistad con Adalberto, su ida al Hotel Metropol, su conocimiento con Konrad, la intervención del borracho obligándole a refugiarse en el reservado, las palabras cariñosas del señor presidente de la carne congelada, sus generosos ofrecimientos...

—Me ofreció pieles, joyas, todo lo que quisiera, igual que los magos de los cuentos de hadas. Pero cuando jugando, jugando al león y a la gacela me levantó en vilo, me asusté un poquito y fué entonces cuando le dije que estaba casada con usted, cuyo nombre encontré en el listín de teléfonos. Entonces, como él me prometió protegerle, no me atreví a decirle la verdad. La cosa se

fué enredando, enredando. Todo lo que yo hice lo hice pensando hacer una buena obra. Pensé que podría ser el hada buena de un hombre que nada tendría que agradecerme.

Los tres hombres, el abogado, el millonario y el camarero, a pesar de poseer una mentalidad distinta y un corazón distinto, a pesar de haber vivido en mundos distintos y haber tratado con mujeres distintas, se pusieron mentalmente de acuerdo en una cosa. En creer que Luisa Gingebusher era una ingenua angelical y la más adorable de las mujeres. Y que el hombre que se atreviera a exponer una tesis contraria era un redomado idiota. Pero fueron tan torpes de no decir nada para tranquilizar el espíritu atribulado de la infeliz Luisa, que al ver sus rostros severos, empezaba a creer que había cometido un crimen imperdonable con sus ingenuas mentiras. Sólo Max Sporum, con su orgullo de hombre, con su deplorable desconocimiento del corazón femenino, habló, pero fué para hundirle más su puñal en el pecho, para ahondar la herida que obligándola a confesar todo aquello había infestado en el corazón de la deliciosa mujercita:

—¡Y yo fuí tan cándido de creer que el señor Konrad me había ofrecido el cargo en premio a mí hon-

radez acrisolada! — exclamó con amargura. — ¡Qué tontos somos los hombres algunas veces!

El tono con que habían sido dichas aquellas palabras y la expresión del rostro de Max al pronunciarlas eran tan tristes y desolados que Luisa, que le había estado observando atentamente, no pudo contenerse y arreció en sus sollozos.

No contento con aquellas lamentaciones prosiguió Max cada vez más triste:

—Hasta le escribí una carta al señor ministro, dándole las gracias por haberme recomendado al señor Konrad, como consejero jurídico de la "Compañía de la Carne Congelada, S. A.. ¡Qué amarga ironía! Seguramente el ministro, que ni siquiera debe conocerme, pensó hábérse las con un loco al recibir mi carta que había sido escrita con toda el alma. ¡Qué amarga ironía! ¡Qué amarga ironía!

Sporum, pensando egoístamente en su dolor, llevaba camino de pasearse toda la noche pronunciando "¡Qué amarga ironía!", cada vez en tono más apesadumbrado, dejando cruelmente que los bellos ojos de la gentil hada buena siguieran derramando amargas lágrimas. Como si aquel refinado egoísmo de que estaba dando muestra no fuese bastante, todavía se volvió indignado

contra la joven para preguntarle:

—¿Por qué llora usted de esta manera? Usted no ha perdido nada y yo en cambio lo he perdido todo, todo. Mi fe en mi carrera, mi entusiasmo, mi ética, sí, mi ética. ¿Cómo puedo seguir siendo un hombre ético después de lo que me ha sucedido?

Pero allí estaba el hombre de la nariz afilada para cantarle las verdades. Si Max, en su egoísta ceguera, no era capaz de comprender lo que pasaba en el corazón de la joven, no sucedía lo mismo con aquel don Quijote revestido de camarero, que desde el primer momento en que conociera a Luisa había decidido en erigirse en su protector desinteresado contra todos los peligros que pudieran acecharla.

—¿Por qué está llorando la pobre chica? ¿Y aun tiene usted el tupe de preguntarlo? Por culpa de usted, señor mío, por culpa de usted y de ese viejo verde. Para que este viejo verde le protegiera a usted y pudiera usted conservar su maldito afilador de lápices es por lo que esta muchacha se ha metido en este fregado. — Y todavía tiene usted el valor de preguntarle por qué está llorando! — El príncipe encantado!... ¡Bah! Si él es un príncipe encantado, yo soy Napoleón Bonaparte.

Aquellas palabras llegaron al

fondo del alma atormentada de Sporum, quitándole la venda de los ojos. Se arrepintió y sus ojos se llenaron de emoción.

—¡Luisa, oh, Luisa! — exclamó con tristeza infinita. — ¡Mi hada buena! — Perdón!

Se volvió hacia Konrad, que hacía tiempo había empezado a llorar con su ojo morado y le dijo altivamente:

—Señor Konrad, puede usted quedarse con mi contrato, con el coche, con el mobiliario, con todo lo que he adquirido con sus diez mil coronas, hasta con mi afilador de lápices. — Soy pobre, pero honrado!

Y viendo que Luisa, aprovechando la confusión del momento intentaba marcharse, corrió tras ella y la alcanzó en el hall.

—¡Luisa, mi Luisa!

No dijo más. La cogió en sus brazos y la besó en los cabellos, en la frente, en los ojos, en las mejillas, en los labios, transportado de gozo, sin que ella, por su parte, opusiese la menor resistencia. Aquellas caricias fueron las mejores palabras de amor que hubieran podido decirse.

Pero ya estaba allí Konrad para interrumpir su amoroso transporte. Había abandonado a Adalberto en

el despacho y corriendo hacia ellos les dijo al mismo tiempo que les guiñaba un ojo picarescamente:

—¿Conque todo es mío, verdad? El coche, el contrato, el afilador de lápices. No necesito el coche porque tengo cinco, no necesito el afilador porque nunca escribo con lápiz, y en cuanto al contrato, permítame decirle a usted, caballerito, que usted ha estampado su firma al pie del mismo y por lo tanto viene obligado a cumplir lo estipulado en él si no quiere que lo lleve a los tribunales. Durante cinco años deberá usted trabajar por mi compañía con el sueldo de... pongamos doscientas mil coronas anuales. Y sepa usted, señor mío, que a mí nadie me burla un contrato.

Se volvió hacia Luisa.

—Y usted, "hada buena", procure convencerle de que me obedezca, si no quiere ir a pasar su luna de miel en la cárcel.

—Pero, señor Konrad — exclamaron ambos a un tiempo.

—Nada, nada. A veces también puede servirme de algo un abogado honrado. Y sépanlo ustedes todos. — Aquí no hay más hada buena que el señor Konrad!

EPILOGO

Y ahora, gentil lectora de diez y seis años, tú que todavía crees en los cuentos de hadas, si sueñas todavía en el príncipe encantador de los ojos azules trata de imaginarte a Luisa Gingebusher vestida con el más adorable traje de novia que tus ojos hayan visto, regalo del honorable presidente de la compañía de la Carne Congelada, tocada con una corona de azahares, emblema de la pureza de su alma y contémplala a tu gusto avanzando temblorosa por el atrio de la iglesia a los acordes de la marcha nupcial de Mendelssohn, apoyada confiadamente en el brazo del "mago" Konrad, constituido en padrino, quien, haciendo las veces de padre, la conduce al pie del altar, donde la esperan los brazos amorosos del príncipe encantador de sus sueños, para hacerle

entrega de aquel tesoro de pureza.

Ya ha terminado la ceremonia, ya el sacerdote ha bendecido la maravillosa unión, ya Max Sporum y Luisa Gingebusher han quedado unidos con los lazos sagrados e indisolubles del matrimonio. La novia se vuelve de espaldas al altar; sus ojos llenos de lágrimas se fijan en un grupo de muchachas vestidas todas iguales, que sentadas en los bancos de la iglesia han presenciado la ceremonia de su boda. Las mira a todas con una expresión de cariño inmenso, sonríe, cierra los ojos y desde el fondo de su corazón agradecido, eleva una plegaria a Dios, rogándole que también a ellas, a sus queridas compañeras del orfelinato, les conceda la dicha inmensa de encontrar al príncipe de los cuentos de hadas...

FIN

Próximo número:

LA PRODUCCIÓN ESPAÑOLA

LOS CLAVELES

Joya musical del Maestro Serrano

por María Arias, Mario Gabarrón, Mary Amparo Bosch, etc.

E. B.

Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: Una peseta